SUMARIO

ESTUDIOS

- **Menos por menos.**
  José Mª Rodríguez Olaizola, SJ 5
- **Dios no se rebaja, se abaja.**
  Toni Catalá, SJ 17
- **La primavera galilea del discipulado.**
  «Rebajas» para atraer seguidores.
  Dolores Aleixandre, RSCJ 29
- **Vida espiritual sin rebajas.**
  Cómo huir de las medianías.
  Francisco José Ruiz Pérez, SJ 39

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Reflexiones sobre el terreno**
  tras los sucesos de Ceuta y Melilla.
  Delegación de Acción Social.
  Provincia de Castilla SJ 49

DIÁLOGOS URGENTES

- **1. ¿Qué es diálogo?**
  Veinte tesis para empezar a dialogar.
  Francisco Javier de la Torre Díaz 55

LOS LIBROS

- **Recensiones** 69

PRESENTACIÓN

EN TIEMPO DE REBAJAS

Ya no nos sorprendemos. Las rebajas son un fenómeno instituido en las sociedades opulentas. Forman parte de nuestra vida dos meses al año (en enero y julio en España; es posible que en otras latitudes sea en otras fechas). Pero el caso es que parte de la dinámica del consumo pasa por dar salida a los excedentes, a lo «sobrante», a lo que ya ha quedado anticuado antes incluso de comenzar a ser usado. Responde a la lógica de la insatisfacción constante. Querer siempre más, siempre más nuevo. No es tanto la lógica de acumular cuanto la de usar y tirar.

Sin embargo, lo rebajado lo es en muchas ocasiones por ser peor; o, al menos, por no ser tan excelente o selecto, o por estar fuera de temporada... De hecho, lo bueno no se rebaja. Hay determinados productos que, precisamente por no ser «de temporada», nunca están de rebajas. Son los productos atemporales o de lujo. Con ésos no se negocia ni se regatea, ni hay gangas. Ésos van a estar ahí esta temporada, y la próxima. Ésos quedan fuera de la rueda, cada vez más inmediata, del usar y tirar.

La *lógica* de las rebajas está, pues, muy presente en muchos ámbitos de la vida. También en el teológico, religioso, espiritual. En esa dirección apuntan las cuatro colaboraciones de este número de *Sal Terrae.*

José María Rodríguez Olaizola parte de la afirmación de que «la lógica de las rebajas se está extendiendo a otras esferas de la vida social». Y, teniendo como trasfondo dicha declaración, describe en qué consisten las rebajas en el ámbito de la pareja, en el de la cultura, en el de la solidaridad y en el de la democracia; y ofrece un horizonte de comprensión de las mismas y unas consecuencias que de ellas se pueden sacar.

El artículo «Dios no se rebaja, se abaja» recoge la importancia que los primeros cristianos, y en particular los Padres de los primeros concilios de

la Iglesia, dieron al hecho de entender a Dios como quien es. Ellos –así lo señala *Toni Catalá*– no cayeron en la trampa de rebajar a Dios, sino que mantuvieron, por medio de diversas formulaciones, la experiencia de salvación acontecida en Jesús y afirmaron con convicción que no puede hablarse de un Dios rebajado mientras éste sea un Dios que se abaja.

Es probable que los seguidores de Jesús se cuestionaran también si la vida y la existencia que éste les ofrecía eran plácidas y rebajadas. Y que lo hicieran quizá con unas claves que, a pesar de su distinta formulación, tuvieran alguna similitud con alguna de las que presenta este primer número del año de «Sal Terrae». *Dolores Aleixandre* rastrea este aspecto en su colaboración y propone que el discípulo del Maestro viva guiado por esta sucesión de cuatro miembros: vivir contagiado de una gran confianza en Jesús, liberado del ansia de medir y controlar, familiarizado con las insólitas costumbres de Dios y habitado por una extraña alegría.

Francisco José Ruiz Pérez sostiene que «no hay rebajas en la vida espiritual». Para fundamentar su hipótesis propone tres consideraciones, tomadas de la vida de Jesús, el que en ningún momento rebajó a Dios. Son caminos o métodos para huir de las medianías. El primero es la contemplación de Dios en su deseo de encarnación. El segundo, el modo como contrastamos el cuidado por el sentido y los valores de nuestra fe. El último invita a exponer el corazón para actuar, no según la lógica de las rebajas, sino desde la lógica de la misericordia.

* * *

Parece claro que vivimos tiempos en los que no abunda el diálogo en diversos ámbitos de nuestra vida. Al contrario, los desencuentros, las tensiones, las diferencias crecen entre las personas, que recurrimos a múltiples medios para resolver nuestras dificultades y olvidamos el valor que posee el diálogo en las relaciones interpersonales.

En esta referencia se enmarca la Serie de «Sal Terrae» del año 2006: *Diálogos urgentes.* Durante los próximos meses se ofrecerán diversas colaboraciones, que pretenden ayudar a reflexionar sobre la necesidad de recuperar urgentemente el diálogo en muchos ámbitos de nuestra vida (personales, sociales y eclesiales). La primera de ellas es la de *F. Javier de la Torre,* en la que se proponen 20 tesis para comenzar a dialogar.

ST 94 (2006) 5-16

ESTUDIOS

Menos por menos

José María RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ*

> «Todas las cosas, nacidas o fabricadas, humanas o no, son hasta nuevo aviso prescindibles. Un espectro se cierne sobre los moradores del líquido mundo moderno y sobre todas sus labores y creaciones: el espectro de la superfluidad»
>
> (ZYGMUNT BAUMAN)

Puntualmente. Incluso con adelanto, si se consigue burlar a la competencia con la excusa de una «promoción» o una «semana especial». Así llegan las rebajas a nuestros comercios. Todos los años, en enero y en julio, desde las tiendas pequeñas hasta las grandes superficies comerciales, en especial las dedicadas al sector textil, venden durante unas semanas sus productos a precios menores que los de costumbre. Se trata con ello de deshacerse del material de temporada que no ha llegado a venderse. El cliente lo adquiere un poco tarde para la altura del curso en que se encuentra, y lo que pierde de uso lo gana en ahorro. El vendedor evita así quedarse en el almacén con un material que en la temporada próxima ya estará pasado de moda. En esencia, ésta es la fórmula de las rebajas. En enero se vende rebajada la mercancía de otoño e invierno. En julio, la de primavera y verano. Lo que hace este fenómeno merecedor de cierta atención es la constatación de que *la lógica propia que subyace a las rebajas se va extendiendo a otras esferas de la vida social, amenazando con convertir algunas dimensiones esenciales de la vida humana en producto de rápido y barato uso.* Es lo que intentamos recoger en las siguientes páginas.

* Tercera Probación. Calera de Tango. Chile. <jmolaizola@yahoo.com>.

1. Rebajas

Las rebajas son un elemento más de la sociedad de consumo. En ésta, lo importante es la adquisición constante y sistemática de nuevos productos, ya sean electrodomésticos, nuevas tecnologías, ropa, coches, etc. En la sociedad de consumo, el ciclo de duración de los productos va siendo cada vez menor. Los objetos adquiridos se vuelven obsoletos cada vez más pronto y son superados por otros en prestaciones, utilidades o, simplemente, actualidad. Por eso mismo no tiene sentido para el vendedor acumular mercancías que, cuanto más tiempo pasen en los estantes, tanto menos valor van a tener. Mejor vender obteniendo un margen de beneficio menor que dejar que se devalúen sin más.

Dentro de la lógica del consumismo, las rebajas tienen su propia dinámica. Son algo así como un juego/ritual con sus normas, a veces sus peligros y sus trampas. Intentemos asomarnos a ese juego deteniéndonos en tres elementos: a) los consumidores; b) los productos; c) las expectativas.

a) Consumidores

Hay quien piensa que comprar en rebajas es buscar lo mejor al menor precio. Habría que matizarlo diciendo que eso depende del tipo de consumidor que uno sea. Hay dos tipos de compradores en este proceso: *el cazador de gangas* y *el consumidor de rebajas.* Aunque todos preferiríamos encontrar la oferta sensacional o el «chollo» de un magnífico producto a un precio irrisorio, eso es más propio del «cazador de gangas», un tipo de consumidor especial y minoritario. El cazador de gangas mira los días previos sus comercios favoritos, y selecciona presas potenciales; madruga para estar el primer día de las rebajas a la puerta del centro comercial o, en todo caso, intenta ir cuanto antes; se lanza a por su presa en una carrera desenfrenada, compitiendo con otros cazadores, a ver si encuentra esa prenda soñada por un precio ridículo, de modo que, cada vez que la vista, la satisfacción será después doble o triple. En realidad, cazadores de gangas hay muy pocos. Salen en los telediarios el día primero, si no hay otras noticias con las que entretener a la audiencia, ...y poco más. Y las gangas se agotan a las pocas horas de comenzada la cacería. En cambio, el consumidor de rebajas (la gran mayoría de nosotros) sabe que en esos meses los productos son más baratos, y va (no necesariamente el primer o el segundo día) a ver si encuentra algo que le satisfaga. No busca que le regalen nada. No preten-

de encontrar la oferta increíble, aunque a veces ésta aparece sorprendentemente. Sabe que los productos salen más baratos ahora, y suele terminar comprando algo, pues, al fin y al cabo, «está rebajado».

b) Productos

Los productos rebajados no son todos. No nos engañemos. Nadie regala nada. Las rebajas surgen por necesidad; pero ni el consumidor humilla con ellas al vendedor, ni éste está dilapidando el patrimonio familiar acuciado por la necesidad imperiosa de vender. Simplemente, abarata lo que no se ha vendido antes y no se va a vender después, de seguir al mismo precio. ¿Y por qué no se ha vendido antes y no se venderá después? Porque son productos de temporada, y no precisamente los más demandados. Los productos rebajados no son los mejores. En todo caso, hay alguno que sirve de gancho, para atraer al público a la tienda, pero la mayoría son productos hechos para durar lo justo, conforme a las tendencias de la moda de ese año. Aunque el proceso se da fundamentalmente en los sectores textil y de calzado, otros sectores como el mueble pueden ir entrando en la misma dinámica cuando aparecen productores que cada temporada van renovando su oferta.

En cambio, hay productos que nunca se rebajan. De entrada, no se rebajan los productos de primera necesidad (alimentos, vivienda, coches...), fuera de determinadas promociones que tienen más que ver con la publicidad que con la eliminación de «stocks». Ni siquiera en el sector textil se rebaja todo. Hay productos caros que, aun cuando testimonialmente bajen un 5 o un 10%, siguen siendo caros; y hay también productos que no pasan de moda. Estaban en las estanterías hace cinco años, y, con muy poca o ninguna variación, seguirán vendiéndose dentro de cinco. Determinadas marcas de ropa o de calzado son el mejor ejemplo. ¿Por qué esa nula rebaja? Porque, siendo productos que duran, uno está dispuesto a invertir, si es necesario, más dinero/esfuerzo/sacrificio para adquirirlos. Y esto nos lleva al tercer punto, relativo a lo que uno espera cuando compra.

c) Expectativas

Fuera del «cazador de gangas», ya hemos dicho que quien compra en rebajas está dispuesto a conseguir menos por menos: es decir, menos tiempo de uso, menos actualidad o menos variedad de elección... por menos gasto. Se aceptan pequeños inconvenientes, como menor variedad de tallas o colores; incluso se está dispuesto a comprar algo no per-

fecto; después de todo, el coste es menor (a veces mucho menor), y lo merece. A veces se habla de productos que se producen expresamente para estos meses, con peores acabados, calidad, etc.; pero eso, hasta el momento, se considera una forma de fraude al consumidor. El consumidor de rebajas acepta algún inconveniente. Después de todo, aunque te equivoques en la compra, puedes aparcar el producto sin sentir que te has dejado el hígado.

Lo curioso es que un proceso que comenzó como una forma de vender excedentes va extendiéndose cada vez más. Cada vez se amplía más la temporada de rebajas. Ya podemos hablar de entre tres y cuatro meses (enero-febrero y julio-agosto). Además, los comercios comienzan la temporada de saldos antes, si no puede ser directamente, sí al menos camuflándolas. La razón es que al consumidor el binomio calidad/precio de rebajas le satisface de sobra. Se está dispuesto a comprar más tarde y más barato, aun pudiendo usar el producto menos tiempo. La propia dinámica de caducidad en el uso de las cosas va generando una mayor exigencia de renovación, y en ese caso incluso el riesgo de equivocarse en la compra es menor, pues no deja de ser una adquisición con fecha de caducidad.

2) La lógica de las rebajas invade la vida

Lo descrito hasta aquí no tendría interés más que para los estudiosos del comercio, si se quedara en la mera descripción de un proceso de compra-venta. Sin embargo, la dinámica de las rebajas se va extendiendo cada vez a más esferas de la vida cotidiana.

Esa dinámica tiene cuatro rasgos: 1) muchos productos; 2) satisfacción suficiente; 3) bajo coste; y 4) duración limitada. De dicha dinámica quedarían excluidos los productos que, por su valor/calidad/importancia/escasez, resultan demandados sin pasar de moda en la temporada. En este caso, podemos hablar de menos productos, caros y duraderos, que cumplen una función mucho más importante para la persona.

La tesis que vamos a sostener en las páginas siguientes es que, *del mismo modo que cada vez estamos más dispuestos a comprar de rebajas, cada vez en más esferas de la vida social se opta por la lógica del bajo coste y se aparca la idea de que hay productos que no deberían ser rebajados.* En el último verano, una gran multinacional del mueble ofrecía en su publicidad televisiva al consumidor «cambios

existenciales por 14,95 euros»: jugaba así con esa idea de que cada vez es más fácil cambiar todo. La pregunta es: ¿es eso un síntoma de bienestar o de frivolidad?; ¿es una liberación o un castigo?; ¿es el indicador de una saludable despreocupación o de una lamentable trivialización?; ¿es real o es exagerado?...

3) El «gran almacén social»

En el «gran almacén social» cabe todo. Cada vez más dimensiones importantes de la vida pueden servirse y encontrarse «rebajadas», en cómodas condiciones de adquisición y de uso. Lo cual no significa que se elijan así. No significa que necesariamente se opte por lo barato. Pero puede darse. Y, de hecho, en muchos casos, cada vez más, se da. Demos una vuelta por este supermercado social y tratemos de detenernos en algunas de las secciones que parecen estarse colando donde no deberían estar.

La pareja de rebajas

Parece que formar una pareja debería suponer una disposición para implicarse con otra persona. Ello podría suponer algo de renuncia personal, en la medida en que adaptarse a otro supone siempre, al menos en parte, ceder (autonomía, tiempo, gustos) para caminar con alguien. Lo que ya no está tan claro es cuánto hay que ceder. Hoy se puede dar un cierto consumo de relaciones que acepta las reglas de juego de las rebajas: 1) muchos productos: muchas parejas; 2) satisfacción suficiente: no se pretende de la pareja un proyecto común, una vida compartida, que sea el centro de tu vida o similar; simplemente, está bien estar juntos mientras se esté a gusto. A veces ni siquiera eso, simplemente, se busca placer, ocio, compañía...; 3) bajo coste: la relación tira mientras no implique excesivos sacrificios; por ejemplo, ¿por qué desgastarse en una crisis? Simplemente, cada uno por su lado... y tan amigos; y 4) duración limitada: hasta que dure.

Estas consideraciones reflejan algo que, de hecho, se está dando, y cada vez más. Hace unos meses, se ha aprobado en la legislación española la modificación de la ley del divorcio, con la entrada en vigor de la que popularmente se ha denominado ley del «divorcio exprés»[1].

1. Ley 15/2005, 8 de julio de 2005. BOE, n.163.

En la exposición de motivos de dicha ley se insiste en un cambio social en la consideración del matrimonio, que exige ofrecer una solución mucho más sencilla a problemas que se plantean muy a menudo. Fundamentalmente, se trata de agilizar el divorcio lo más posible y prescindir de las «causas» de tal situación, que quedan circunscritas totalmente al ámbito íntimo de las personas. No vamos a entrar aquí en los cambios concretos, y mucho menos en la conveniencia o inconveniencia de dicha ley. Simplemente, rescatamos la idea de un «cambio social en la consideración del matrimonio». Se ha producido un cambio en el grado de implicación, en las expectativas y en lo que se está dispuesto a arriesgar (y ya no sólo en el matrimonio, sino en otras muchas formas de relación de pareja). Hoy cabe la opción de implicarse a fondo aceptando unos costes difíciles y estando dispuestos a luchar por crear algo estable, o cabe también la posibilidad de consumir relaciones con un equilibrio frágil entre costes y beneficios. Lo cual no significa que para la gente esta última opción no suponga esfuerzo, dolor, incertidumbre o heridas. Quizás lo que ocurre es que todos esos elementos se dan de una manera más fugaz, se desvanecen antes, y se pasa página en menos tiempo. Y, curiosamente, ésta es una posibilidad a la que cada vez más gente se agarra[2].

La cultura de rebajas

Hay dos consideraciones de lo que es cultura. Por una parte, la producción y creación de una sociedad: su arte, sus ideas, su lenguaje, sus productos, sus hábitos, sus normas (escritas o tácitas)... Un sentido un poco más restringido identificaría cultura con ciencia, logros, reflexión, nivel de educación... Tiene que ver con saber, y requiere un cultivo, un esfuerzo. Es en este segundo sentido donde advertimos que la cultura también puede estar cayendo, en muchos casos, en la sección de saldos.

---

2. Zygmunt BAUMAN, en *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* (Fondo de Cultura Económica, Madrid 2005), desarrolla esta tesis al referirse a la fragilidad de los vínculos humanos contemporáneos. «Vivir juntos [...] adquiere el atractivo de que carecen los vínculos de afinidad. Sus intenciones son modestas, no se hacen promesas, y las declaraciones, cuando existen, no son solemnes ni están acompañadas por música de cuerdas ni manos enlazadas [...] Uno pide menos, se conforma con menos y, por lo tanto, hay una hipoteca menor para pagar, y el plazo de pago es menos desalentador» (p. 48)

Hoy en día, el esfuerzo por aprender se reserva a lo profesional. La figura del humanista, que sabe de muchas cosas, interesado por formarse (e informarse), es extraña. Es más habitual ser parte de una audiencia alimentada por unos medios de comunicación que rebajan a niveles de mínimos el listón de lo que es interesante, inteligente o importante. Se termina viendo como normal el hecho de que en la televisión se rían de los deformes, triunfen los que venden sus amores, se hagan guiones zafios con tópicos acríticos en series de audiencias millonarias...

Se lee poco. Y lo poco que se lee se reduce muchas veces (y ya es bastante) a los *best-sellers* más aclamados. E incluso, en estos casos, sin distinguir muy bien lo que es novela y lo que es realidad (hay mucha gente poco menos que convencida de que *El Código Da Vinci* es una novela histórica que «desenmascara» supuestos secretos de la Iglesia católica, en lugar de una ficción comercial bastante tramposa). Los estudiantes discuten si el viaje de estudios es un botellón lejos de casa o una oportunidad de conocer mundo (y si no puede ser ambas cosas, entonces se opta por lo primero). La imagen sustituye a la palabra, y la visión a la comprensión. El saber va por modas. Si triunfa Alonso, somos expertos en Fórmula-1; si se muere el Papa, nos doctoramos inmediatamente en diplomacia vaticana; y cuando la noticia sea la clonación, todos sabremos mucho (y nada) sobre la manipulación genética.

De nuevo ataca la lógica del menos por menos. Es mucho más exigente leer que «zapear». Es más exigente leer una noticia que los titulares. Y es infinitamente más arduo profundizar en cualquier campo que quedarse en un barniz erudito. Cuesta más entender de política, economía, arte o naturaleza que estar al día en «affaires» veraniegos referidos a toreros, folclóricas o actores. No cuesta mucho memorizar en televisión nombres que mañana se pueden olvidar. ¿Para qué saber de historia o darle vueltas a otras cuestiones que no van a llevar a ningún sitio? Es todo tan complejo que... ¿para qué complicarse?[3]

3. Es de nuevo BAUMAN el que acierta al describir esta cultura que se diluye. En *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias* (Paidós, Barcelona 2005) habla de «la cultura de casino de la líquida era moderna». En sus palabras, «la líquida cultura moderna ya no parece una cultura de aprendizaje y acumulación, como las culturas registradas en los informes de los historiadores y los etnógrafos. Más bien parece una cultura de la retirada, la discontinuidad y el olvido» (p. 151).

La solidaridad de rebajas

La solidaridad está bien. Da igual que hablemos de compromiso, de voluntariado, de promoción de los desfavorecidos, de cooperación internacional, de asistencia social... Lo cierto es que es bastante común la capacidad de conmoverse con la desgracia ajena y sentir el deseo de hacer algo. Sospechamos de una cierta bondad y de la existencia de vínculos entre los seres humanos que nos llevan a lamentar la tragedia, aunque no conozcamos a quienes la sufren. Y en muchos momentos pensamos cómo poder ayudar. Ahora bien, precisamente porque nuestra sociedad va configurándose con buenas dosis de inmediatez, contingencia y presentismo, eso puede afectar también a las actuaciones comprometidas de los seres humanos.

En realidad, cualquiera que quiera hacer algo por otros tiene que asumir que, junto a los grandes ideales y horizontes de solución, la realidad prosaica y cotidiana te enfrenta con problemas que se multiplican, fracasos, rutinas y aburrimiento. Dicen los que trabajan en voluntariado que es muy difícil movilizar a los jóvenes o, más exactamente, conseguir que una movilización dure. Es más frecuente ver cómo personas mayores aceptan compromisos rutinarios, pequeños, muchas veces invisibles... Los jóvenes pueden ir en oleadas a limpiar chapapote, pero ¿dónde queda el trabajo más oculto, cotidiano y metódico?[4]

En este caso falla la «duración». El compromiso con otros ofrece un tipo de satisfacción que, más allá de un primer encuentro o una temporada inicial en la que uno abre los ojos y descubre un mundo, se vuelve muchas veces intangible. Los costes, en cambio, se mantienen. No basta con un arrebato de entrega. Hace falta un compromiso cotidiano, hecho de pequeñas renuncias (que a la larga son muchas). La inmediatez de acciones muy vistosas es muy diferente de la cotidianeidad de presencias duraderas[5]. Se puede caer en un cierto «consumo» de desgracias que engulle a las propias víctimas.

---

4. Joseph HEATH y Andrew POTTER, en *Rebelarse Vende* (Taurus, Madrid 2005), exponen de un modo muy provocador su tesis de que el pecado capital de la contracultura ha sido generar un tipo de dinámicas para transformar las cosas en las que no se transforma nada. Hoy en día, se exige que la rebeldía sea entretenida, que las propuestas resulten «transgresoras» o «radicales», que las vanguardias sean creativas y amenas..., al tiempo que se cierran los ojos a la posibilidad de transformaciones concretas, a veces institucionales, a menudo tediosas y casi siempre lentas. Pero posibles.
5. Todd GITLIN, en *Enfermos de Información* (Paidós, Barcelona 2005), dedica un

La democracia de rebajas

Una última pincelada sobre lo que puede ser la lógica de las rebajas la ofrece la percepción de un creciente desinterés y desencanto por la política en algunas sociedades cómodamente instaladas en la democracia. Remitiéndonos al caso de España: durante la transición, la lucha por las libertades era un proyecto colectivo enorme que, a costa de duros esfuerzos, podía hacer realidad ciertos ideales largo tiempo anhelados. Tal vez se aspiraba a que imperaran la honradez, la separación de poderes, la libertad de elección, la participación ciudadana en la toma de decisiones, la información objetiva y no propagandística... Después de treinta años de democracia, es también posible que se haya asumido que, aunque el producto sea defectuoso, al menos es «barato». Tenemos listas cerradas y un peso de los partidos que deja poco margen fuera de ellos; asistimos a golpes de mano de unos y otros en temas tan fundamentales para una sociedad como la justicia o la educación. Nuestros políticos muchas veces no están a la altura de lo que se podría esperar de ellos, y se percibe con pesimismo que sólo se ponen rápidamente de acuerdo y sin polémicas en lo que tiene que ver con sus honorarios. Sabemos que la información política objetiva es una quimera, y nos conformamos con escuchar las emisoras o leer los periódicos que más encajan con nuestras propias tendencias. Cada vez nos escandalizamos con menos cosas. Y, ¡ojo!, no estamos tan mal: vivimos en una democracia, por muy mejorable que sea. Tenemos derecho a votar. Gracias a eso, los gobernantes cambian, y hay límites que no pueden saltarse impunemente. Los cargos públicos, mejor o peor, van gestionando la vida social. ¿Sería deseable una mayor independencia de los jueces? Sí. ¿Sería conveniente una información más objetiva? Por supuesto. ¿Sería interesante que se articulasen más formas de participación? Puede ser. Pero lo cierto es que el coste de una cultura política excesivamente íntegra puede ser mayor, puede requerir de nosotros más implicación, mayor disposición a protestar, a exigir... y, tristemente, tal vez creemos que en ese mundo no merece la pena echar ningún resto[6].

---

interesante capítulo a la cuestión de la velocidad, la tiranía de la urgencia y la impaciencia como «compulsión» de nuestra época: «Queremos comer rápido, leer rápido, marcar un teléfono de forma automática, enviar y recibir correo electrónico, conseguir acceso rápido a música y noticias, manejar a toda velocidad los videojuegos, acceder a Internet, hacer clic aquí...» (p. 96). Al final, esa impaciencia se puede imponer a lo más lento.

6. Anthony GIDDENS, en *Un mundo Desbocado* (Taurus, Madrid 2003), dedica un

Estos cuatro ejemplos intentan hacer ver cómo áreas muy diversas de la vida contemporánea resultan cada vez más permeables a esta lógica. No son las únicas. Otras facetas pueden ir asumiendo como natural esa dinámica en la que las cosas cuestan menos, aunque sean de peor calidad: hay el peligro de terminar haciendo apaños con la fe del creyente, la disciplina del deportista, la veracidad del informador, la entrega del amante, los votos del religioso, la inquietud del pensador, los principios del idealista, las metas del educador, la responsabilidad de los padres o el cariño de los hijos. Al final, la sección de «rebajas» ocupa zonas cada vez más amplias dentro del gran almacén social.

4) Un horizonte y dos consecuencias

Me temo que leyendo los epígrafes del apartado anterior puede aparecer una imagen muy derrotista o muy desazonadora: como si nada valiese, o como si todo estuviera derrumbándose. No es ésa la intención de esta descripción. Cada época tiene sus luces y sus sombras, y en cada contexto social se cuenta con unas posibilidades. ¿Cómo analizar la proliferación de la «lógica de las rebajas» y su extensión a múltiples esferas de la vida social?

Podemos diferenciar en nuestro ***horizonte*** unas dimensiones fugaces y otras fundamentales. En primer lugar, está claro que no todo en la vida puede ser importantísimo, trascendental, esencial o definitivo. Hay muchas cosas que son superfluas, a veces vanas, y fácilmente olvidables. Hay muchas situaciones que no dan más de sí. Muchas causas por las que ni siquiera hay que apostar. Hay muchos momentos que son tiempo «perdido» o que, al menos, no son un tiempo que vaya a dejar una huella honda en uno mismo o en otros. Y todo eso está muy bien. El que vive cualquier actividad como si fuera cuestión de vida o muerte termina agotándose a sí mismo (y a los otros) con su intensidad. Lo cierto es que en la vida hay muchas cosas sencillas, fugaces, negociables y efímeras. Y eso no es malo. Antes bien, es bastante saludable.

---

capítulo a analizar por qué la democracia en el mundo avanzado se vive con desilusión y desafección. Él habla de la necesidad de democratizar la democracia. Sin embargo, el problema –y él mismo lo constata– es que dicho cambio exigiría mucho esfuerzo (pp. 81-95).

Junto a ello, hay en nuestras vidas otras dimensiones que sí son importantes: aquellas en las que nos jugamos mucho (o todo); aquellas por las que estamos dispuestos a arriesgar, a sufrir, a entregarnos... Del mismo modo que, en el caso de las compras, no tiene nada que ver comprar un chaquetón de temporada con comprar una vivienda (hipotecando media vida en el camino), en la vida no tienen nada que ver todas las pequeñas cosas volátiles con aquello a lo que verdaderamente damos importancia: el amor, la amistad, el compromiso, el trabajo, la idea de dejar huella, aquello (o Aquel) en quien crees... Cada quién sabrá dónde pone los acentos.

La proliferación de la lógica de las rebajas nos alerta del peligro de trivializar lo importante. De dejar que lo fugaz se coma a lo sólido. De convertir nuestro horizonte en una vertiginosa sucesión de escenas inconexas en las que todo es intercambiable y nada permanece. La extensión de la lógica de las rebajas, cuando toca aspectos esenciales de la vida personal y social, puede tener ***dos consecuencias:***

La primera. *Cuando más y más cosas, algunas de ellas muy importantes, van cayendo dentro de la lógica del menos por menos, por el camino se va perdiendo la capacidad de luchar.* Terminamos instalándonos en un presente confortable; y cuando éste se vuelve incómodo, simplemente cambiamos las reglas o acabamos la partida y cambiamos de juego, si hace falta. Después de todo, ¿merece la pena encadenarse a personas, proyectos, historias, esfuerzos? ¿Para qué? La vida es breve, y sólo se vive una vez... *Carpe diem.*

La segunda consecuencia es la inadecuación de metas y precios. La gente, tanto en lo colectivo como en lo personal, sigue soñando. Sigue deseando que el mundo cambie y que la propia vida sea digna. Queremos seguir creyendo que los seres humanos seremos capaces algún día de encontrar soluciones a grandes problemas, y admiramos a líderes que representan esas luchas. Nelson Mandela (y otros como él) puede ser un icono mundial aclamado por las masas en sus apariciones públicas. Soñamos para nuestras vidas con encontrar un sentido, fundamento, amor, algo sólido... El problema es olvidar que lo sólido se teje muchas veces en lo oculto y en lo que dura, en la cara y en la cruz; es olvidar las décadas de encierro de Mandela; es rechazar (o abaratar) los costes que cualquier opción implica, las renuncias que nuestras elecciones traen aparejadas. *Al final, si los anhelos van por una parte, y lo que se está dispuesto a poner en juego va por otra, no queda más remedio que arriesgar más o desear menos.* Y parece que esta última

es una opción mayoritaria. Hay quien habla de desencanto, de conformismo, de realismo... Si alguien sigue dispuesto a embarcarse en proyectos sólidos, en esta época líquida en que todo se deshace, puede ser llamado soñador; a veces puede ser admirado; pero poca gente querrá imitarlo.

Si desaparecen en nuestras vidas esas realidades sólidas por las que estamos dispuestos a arriesgarlo todo, es posible que se minimice el riesgo de ser heridos, pero también la hondura y una forma de sentido insustituible. Nuestra humanidad radica en la capacidad de desear lo sublime, de luchar hasta darlo todo, aun siendo conscientes de que podemos perderlo todo... si encontramos algo (o alguien) por lo que merezca la pena. Ésa es nuestra bendición y nuestro sueño, nuestro camino y nuestra meta, lo que nos eleva aunque a veces nos asuste. Ésa es, en el fondo, nuestra porción del milagro.

ST 94 (2006) 17-27

Dios no se rebaja, se abaja

Toni CATALÁ, SJ*

Hay que rebajar a Dios

Cuando decimos u oímos la palabra «Dios», a la mayoría de hombres y mujeres occidentales, creyentes o no, la imagen espontánea que nos viene a la conciencia es la de «algo o alguien arriba, por encima de nosotros, y todopoderoso». La modernidad ha sido una larga marcha cultural para liberarse de dioses opresores y asfixiantes, pero en esa marcha no hemos conseguido adentrarnos del todo en la novedad del Dios que se manifiesta en cuanto aconteció en Jesús de Nazaret.

Dioses que siguen merodeando por dentro, provocando ruido y malestar, aunque queramos reprimirlos, saltan cuando menos lo esperamos. «Dios» como el «Gran Ojo» que lo escruta todo, lo pasado, lo presente y lo futuro, hasta nuestros más ocultos pensamientos; da la impresión de que, a su lado, el «Gran Hermano» se queda corto. Un «dios» que no nos deja en paz, violador de intimidades, molesto. «Dios» invocado como «El Todopoderoso». Sólo oír está expresión apabulla; a mí, sinceramente, me da miedo, me inquieta profundamente, no dejo de ver a los poderosos y prepotentes: lo bien que se sienten con este dios. «Dios» percibido como el Arquitecto del Universo, el Relojero... ¡Pues mal diseño parece ser que hizo!, porque da la impresión de que su obra está al borde del «colapso estructural», como las casas a punto de derrumbarse. El Gran Contable que lo anota absolutamente todo en el libro, que no deja pasar una y que, tarde o temprano, te pasará factura.

Imágenes de Dios que los poderosos han manejado y manejan muy bien, porque han sido fabricadas interesadamente para dominar y so-

* Jesuita. Centro «Arrupe». Valencia. <tonicatalasj@centroarrupe.com».

meter; son imágenes de ellos, y sólo de ellos, que han conseguido introyectar en la gente. Son dioses imperiales y castradores que reducen a las criaturas a pura masa biológica que puede ser eliminada cuando molesta. Es terrible seguir viendo cómo se puede invocar a «Dios» al mismo tiempo que se construyen Guantánamos y se hacen masacres que son consideradas puros «daños colaterales». Imágenes de Dios que se invocan para ceñirse una carga explosiva y hacer volar a sus criaturas por los aires. «Dioses» crueles y violentos, «dioses» sacrificiales, «Dioses» indignos de las criaturas sufrientes, indignos de los Santos Inocentes, «dioses» delirantes que amargan la existencia.

Funcionaban, y funcionan, tantas imágenes «duras» que parecía necesario rebajarlas, «ablandarlas», para poder colocarlas en el mercado, para poder digerirlas. Hoy «lo religioso» vuelve a estar en una sección del gran supermercado, muy cerca de los estantes de «autoayuda». Normalmente, también cerca de los de cuidar animalitos, plantas y jardines (cosa santa y buena), y muy cerca de las estanterías de «literatura» esotérica, neognóstica y demás historias alucinantes de conspiraciones, templarios, griales y sectas de todo tipo y condición; y muy cerca, también, de la cantidad de libros empeñados en casar a Jesús con la Magdalena y rastrear su descendencia hasta nuestros días.

La «gran superficie comercial», refleja el lugar de Dios en el gran *shopping* en que hemos convertido parte de nuestro mundo. Una gran superficie no admite estridencias; todas las secciones están perfectamente medidas y diseñadas en su ubicación dentro de ella; los productos no están colocados al azar; y hasta los colores tienen su gradación. El «dios» que hay que colocar no puede desentonar; tiene que ser útil o atractivo para comprarlo, aunque después ya no se sepa muy bien qué hacer con él. Y cuando ya está consumido, esperar a que a la «gran superficie» llegue una temporada de productos exóticos, para ir a ver qué «dioses» nos venden de otras partes.

Rebajar a Dios supone querer colocarlo a un precio asequible y con cierta calidad en la «gran superficie». Posiblemente el Dios cristiano no se encuentre en el *shopping,* sino que es un Dios que está más cerca de las mujeres que todas las semanas tienen que ir al «mercadillo», porque, con rebajas o sin rebajas, no les da la vida ni el bolsillo para ir a los centros comerciales. O, si van, es para buscarse la vida en contenedores de desechos o en sacarse algún céntimo de euro recogiendo carritos para llevarlos a su sitio.

Dioses «duros» y dioses «blandos», para el fastidio o para el consumo, para machacar o para aturdir y narcotizar, para destruir o para

esconderse en una intimidad blindada y egoísta... Tenemos que hacer un esfuerzo para volver a las «viejas» doctrinas cristianas sobre Dios, en las que hay mucha sabiduría, experiencia y santidad acumuladas. Posiblemente nos encontremos, paradójicamente, con auténticas y genuinas novedades. Martin Buber nos recuerda que «la tradición es la más bella de las libertades para la generación que la asume con la conciencia clara de su significación, pero también es la esclavitud más miserable para quien recoge su herencia con simple pereza de espíritu»[1]. La Tradición abordada sin pereza, con la humildad de no tener en menos a quienes nos han precedido, de saber que hay mucha sabiduría acumulada en ella, que la comunidad cristiana pasó por tensiones y procesos de los que podemos aprender..., es fuente de vida y de libertad. Si queremos evitar fundamentalismos de cualquier tipo, «la esclavitud más miserable», es necesario aprender de la tradición. ¡Cuántas perezas intelectuales se enmascaran en el fundamentalismo o en la pura y llana negación de la tradición, considerada como puro fardo pesado...!

¡Qué bien nos viene aquello de Harnack de quitar la «cáscara» para ir al «núcleo» de lo cristiano, que consiste en «el palacio ideal formado por la bondad de Dios y la grandeza del alma humana»[2]...! La teología liberal, al negar la posibilidad de una «cristología», nos ahorra el tener que entrar en la historia del dogma, pura «cáscara» helénica, dolorosa y gozosa como toda historia humana, para quedarnos instalados en el «palacio» teológico ideal, palacio burgués centroeuropeo de principios del siglo XX. «Palacio» sin cruz, sin abatidos y excluidos y que, por lo tanto, niega de antemano la posibilidad de preguntarse: ¿y si la historia del dogma fuera una «memoria subversiva» (J.B. Metz)?; ¿y si Dios, en pura locura de amor, se hubiera hecho en Jesús amor solidario con las víctimas (J. Sobrino)?

Esta herencia de la teología liberal sigue teniendo una consecuencia triste: podemos llenarnos la boca hablando de inculturación y, al mismo tiempo, negarnos a entrar con hondura en el gran proceso de inculturación que supuso el asentamiento de lo cristiano en suelo helénico, proceso que sigue siendo considerado por muchos como pérdida de un ideal inicial. La historia de la reflexión trinitaria y cristológica nos

1. Citado por Lluís DUCH en *Estaciones del laberinto. Ensayos de antropología,* Herder, Barcelona 2004, p. 102
2. A. VON HARNACK, *La esencia del Cristianismo,* Barcelona 1904.

sigue dando los grandes criterios de discernimiento eclesial para todo proceso de inculturación y de respuesta creativa.

Los padres de los primeros concilios no eran gente ociosa dedicada a elucubraciones abstractas (aunque de todo hubo y hay en la viña del Señor), sino que querían mantener la experiencia de salvación acontecida en Jesús. Dice González Faus que hay que lograr una «comunión verdadera con aquellos hombres que creyeron antes que nosotros. Esta comunión nos parece fundamental como creyentes de hoy, porque es absurda la pretensión inconsciente que late en muchas liquidaciones progresistas de la tradición: como si uno mismo o la propia época fuesen los primeros en haber aprendido a creer rectamente. Pero, a la vez, toda verdadera comunión con los creyentes del pasado no anula la libertad y la capacidad creadora a que también estamos obligados»[3].

En nuestra cultura, sin horizonte ni futuro de redención, nos gustaría «rebobinar» la historia. Pero no esa posible, pues somos historia, y no podemos saltar el «horrendo foso de la historia» (G.E. Lessing); tenemos que asumir con coraje la grandeza y la miseria del pasado; y la historia de nuestra «fe creída» es una historia de grandezas y miserias, de atinos y desatinos. Pero en ella aleteaba y sigue aleteando el Espíritu.

Una gran rebaja en el tema de Dios es el haber pasado de unos dioses opresores a un dios «bonachón», abuelo consentidor de los nietos, al que todo le parece bien y que siempre ríe «nuestras gracias», que muchas veces lo único que generan son desgracias. Pongamos los ojos en Jesús, en su vida, muerte y resurrección, y en lo que todo ello generó, para percibir un Dios digno de sus criaturas.

El abajamiento de Dios: locura y necedad

Poco tiene que ver ese «Dios» a la venta y asequible, ese «Dios» que se encuentra en el «palacio ideal», con lo que vivieron los que estuvieron con Jesús de Nazaret. Los cristianos, para «aclararnos» con lo de Dios, para no perdernos, tenemos que poner los ojos en Jesús, el exegeta de Dios («Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único, que es Dios y que vive en íntima comunión con el Padre, es quien nos lo ha dado a conocer»: Jn 1,18). Dejemos que el Hijo nos lo revele, pues los

3. José I. GONZÁLEZ FAUS, *La Humanidad Nueva. Ensayo de Cristología,* pp. 350-351, Sal Terrae, Santander 1994[8].

«dioses» que salen de nosotros son o muy peligrosos o muy narcotizantes; y el que nos revela el Hijo siempre genera espacio de alivio (Mt 11,25-30)

Cuando los seguidores y seguidoras de Jesús empiezan a narrar todo lo vivido con él, la palabra «Dios» les estalla en el corazón, en la boca y en las manos. Jesús se ha vivido desde el Dios de Israel, percibido como «Padre, Señor de cielo y tierra». Una percepción que le llevó por los caminos de Galilea a situarse compasiva, libre y gratuitamente; percepción de un Dios que le llevaba a sentir compasión por los abatidos, a liberar a los oprimidos, agobiados y desquiciados, a compartir mesa con pecadores y descreídos. Un Dios que se acerca a los pequeños y pecadores, en comunidad de mesa, abrazándolos y rehabilitándolos; un Dios que da paga a los últimos y fiesta a los pequeños. Jesús genera respiro a su alrededor... Este Jesús se vivía invadido por el Espíritu, se encontraba en el ámbito de la «Divina Presencia», se sentía invadido por el Poder de lo alto; el Nombre lo tenía en su boca y en su corazón. Para Jesús, Dios era Presencia vivificante; no estaba atado al Templo ni a la Ley; derrochaba pasión por sus criaturas.

Para Jesús, Dios es una Buena Noticia. Pero Jesús tiene que sufrir por ello, pues hay gentes que no quieren que Dios sea una Buena Noticia, sino el Todopoderoso legitimador de sus endiosamientos. Jesús se les atraganta, no lo soportan: Dios no puede implicarse con la «chusma maldita»; Dios está en Templo, bien guardado y controlado; Jesús tiene que desparecer. Hay gentes que no quieren entender que el comportamiento de Dios no depende de nuestro comportamiento; lo cual es pretencioso y significa no considerar a Dios en lo que es; significa pretender atar a Dios, decirle cómo tiene que actuar. Y todo ello produce dolor, porque esa gente desprecia a los que no pueden «portarse bien». Desprecian a aquellos a quienes se dice que están manchados, que son impuros, que no se hagan a la idea de que Dios es de ellos, aunque es él mismo quien ha decidido mostrarnos su incondicionalidad. Jesús tiene que sufrir por esto.

Jesús sufre porque ama hasta el extremo, ha trabado su vida compasivamente con los abatidos y achacosos; Jesús no puede generar violencia y sufrimiento en nombre de un Dios que es Fuente de la Vida, que prefiere dar la vida antes que generar muerte. Jesús va experimentando que el Compasivo no le evita el vivir, sino que lo sumerge en el mar de la vida. El que alivió soledades se siente solo; el que acompañó a los abatidos experimenta abatimiento; el que convocó compañeros se siente abandonado; el que dio esperanza a los fracasados se sien-

te fracasado... Pero no se retira, se traga la vida con todas sus consecuencias, y al final es tratado como un cacharro inútil, tachado de blasfemo, torturado, machacado e ignominiosamente ejecutado.

Después de todo esto, ya no pueden hablar de Dios de la misma manera. Además, quienes lo han ejecutado han utilizado a Dios para justificar su muerte. Dios no puede ser el de los verdugos, no puede ser el de la gente de la Ley y el Templo, no puede ser el de los puros. La experiencia de la Pascua les lleva a celebrar a un Dios que se expresa como Padre, Hijo y Espíritu; la palabra Dios, «a secas» (A. Gesché)[4] no expresa todo lo vivido y acontecido en Jesús. Dios se empieza a decir de varias maneras: no es el inmutable apático ni el solitario del cielo.

La palabra «Dios» les estalla en el corazón, porque se sienten reconstruidos por dentro, queridos por Dios en lo más nuclear de su condición de criaturas, llamados y llamadas por el nombre. En el resucitado no hay palabras de reproche ni afeamiento de conducta, sino que al que negó le pregunta: «¿me quieres?»; a quienes lo abandonaron les pregunta: «muchachos, ¿tenéis algo para comer?». Y les preparó la mesa. El encuentro con el Resucitado y Exaltado a la derecha del trono de Dios les hace caer en la cuenta de que todo lo acontecido en Jesús es pura manifestación del amor incondicional de Dios, la Alianza definitiva. Esto les lleva a percibir que si Dios es Amor, tiene que ser Comunidad de Amor; y que Jesús, el que pasó haciendo el bien, es puro don y regalo de Dios experimentado como Donación, como «Padre-Madre».

Les estalla en la boca, porque no hay palabras para expresar tanta compasión de Dios para con los suyos. Tienen que forzar el lenguaje, pelear con él. Lo nuevo no se puede decir con lo de siempre, la palabra «Dios, a secas» está ya entonces muy gastada, es vieja y también caduca; tienen que arriesgarse a confesar que este Jesús, el de carne y hueso, aquel con quien han compartido camino y mesa y que ha sido triturado, es de Dios, es el Hijo, es regalo de Padre, es la visita de Dios a su pueblo. Visita compasiva, tierna, sanante, «dulce locura de misericordia, los dos de carne y hueso»[5]. Arriesgan mucho, pues tienen el coraje de afirmar que ese Jesús tuvo la osadía de involucrar a Dios con los pobres y ninguneados, las viudas indefensas, los leprosos, ciegos, tullidos, epilépticos, posesos y desquiciados. Jesús tenía que saber de las entrañas compasivas de Dios; en esas entrañas está el origen de

4. Tengo muy presente la obra de Adolphe GESCHÉ, *Jesucristo,* Salamanca 2004.
5. Himno de Laudes del viernes de la I semana.

Jesús, no en otro sitio. *La humanidad, la profunda humanidad de Jesús, surge de la entrañas del Dios Comunidad de Amor.*

Es de locos percibir la Presencia en un blasfemo Crucificado, y de necios confesar que lo de Dios tenga que ver con lo feo («no hay parecer ni belleza ni hermosura que agrade»), y menos aún con las pasiones y debilidades humanas. «Ni judíos ni griegos» pueden entender una unidad que es comunicación, unidad no monolítica ni cerrada en sí misma; no pueden entender un *abajamiento* de Dios que es implicación con la vida, con la carne y la sangre de los hombres y mujeres. Ésta es la clave para leer la historia del dogma trinitario y cristológico. Es verdad que en el pensamiento helénico se da una reducción de lo histórico, pero es indudable que quisieron salvaguardar la experiencia salvífica y sanante de Jesús en su cultura.

Desde luego, los primeros no cayeron en la trampa de rebajar a Dios para hacerlo asequible; los «herejes» querían colocar a Dios y a Jesús de un modo más suave y plausible; la «razón cultural» siempre está de parte de la «herejía». La gran Iglesia quiere ser fiel a un Dios abajado en Jesús; abajado, que no rebajado. Y esto siempre será contracultural, porque es un Dios de la «chusma maldita», un Dios de los «mercadillos», un Dios siempre en los márgenes[6] de las «grandes superficies», a quien, para encontrarlo, «hay que salir a buscarlo», como dice tan hondamente la Carta a los Hebreos.

Si Dios está «solo en el cielo», aquí abajo otros pueden ocupar su lugar

A modo de ejemplo, podemos ver en el problema del arrianismo un caso de «rebaja» para que lo cristiano funcione en el Imperio. Decir que en Jesús ha visitado Dios a su pueblo, va tomando fuerza y consisten-

6. «Ser en la historia un margen operativo, la herida en el flanco de toda sociedad, tanto de la que ya afirma su sacralidad como de la que goza de su inocencia contingente: tal es el destino del mesianismo. Él es el *ésjaton* dinámico en el tiempo. Jesús lo ancló definitivamente en el margen al encarnar al excluido... Sólo manifestándose en el margen, habita Dios nuestra historia, del mismo modo que Jesús, crucificado fuera de la ciudad, es el interrogante permanente, capaz de asediar a todas las culturas y sociedades. Su dios (y nuestro dios) es un dios oculto, no un dios ausente»: Christian DUQUOC, *Mesianismo de Jesús y discreción de Dios. Los límites de la Cristología,* Madrid 1985, p. 97

cia en el corazón de la comunidad. Llegan a percibir que este Jesús es de Dios, es «carne de Dios» (Ireneo de Lyon). Ésta es una afirmación fuerte, contraculturalmente muy fuerte. Pero lo acontecido en Jesús es sorprendente y novedoso. No sólo es que Dios ama a su criatura, sino que se ha abajado y se ha hecho uno de tantos en Jesús: la carne es digna de Dios, el mundo es digno de Dios, la en-carnación es la expresión más honda de que somos de Dios. ¡En qué poco nos tenemos a nosotros mismos para afirmar que la creación y el cuerpo no son dignos de Dios...!; ¡qué orgullosos somos al creer que el Dios Fuente de la Vida y Comunidad de Amor nos puede hacer sombra, cuando es nuestro Manantial y Fuente de humanidad compasiva...!

Se entiende que algunos digan que Jesús es pura apariencia humana, que propiamente no es humano, que sólo parece y aparece como humano, pero que en el fondo de su ser no lo es (docetismo). ¡Cuánto nos cuesta, incluso hoy, aceptar la plena humanidad de Jesús...! Lo de Dios, lo espiritual, sigue siendo percibido como más sublime que lo corporal y lo material. Es curioso ver cómo se disparan todas las alarmas de la «ortodoxia» cuando creen que afirmar la plena y total humanidad de Jesús –menos en el pecado, que es precisamente lo que nos deshumaniza– conlleva negar la plena divinidad de Jesús. Se trata de miedo al cuerpo, miedo a lo humano, miedo a la sexualidad, miedo al mundo, miedo a sentir y experimentar la condición humana, con su grandeza y su falibilidad... ¡Qué bien, que los primeros y las primeras no cedieron en afirmar la plena humanidad de Jesús...! Ellos nos hacen posible vivir nuestro seguimiento con gozo, pues no tenemos que escaparnos del mundo para encontrar al Dios de la Vida, porque es su fuente.

Es verdad que otros no dudaban de la plena humanidad de Jesús (ebionitas), pero no podían entender que Dios se hubiese implicado totalmente en la pobreza y la humildad de Jesús. Eso era imposible para el Uno y Único. Tenían en mucho a Dios: ésta es su grandeza; pero no podían creer en un Dios que no tiene a bien hacerse uno con el pobre, el humillado, el abatido... «Caridad que viniste a mí, indigencia que bien sabes hablar mi dialecto»[7]. Un Dios apático es un dios increíble, es un dios frío. En el fondo, Creador y criatura en colisión. Parece que no es posible que el Creador no sea rival, sino amigo; que no sea exigencia, sino sustento; que no sea amenaza, sino alivio; que no sea disminución, sino plenitud; que no sea coacción, sino fuente de libertad...

7. Himno citado.

En virtud de la experiencia sanante y salvífica de Jesús, los primeros y primeras mantienen la incondicionalidad del Amor del Dios Padre, Hijo y Espíritu, la confesión de la Divinidad y la Humanidad. Al mismo tiempo, no recortan por ningún lado, no mutilan ni lo divino ni lo humano. Pero eso es muy peligroso. Si en Jesús se abrazan los considerados «contrarios», resulta que se establecen relaciones distintas con Dios. Se ha roto algo importantísimo para los poderosos y los señores del mundo: Dios ya no es el «Señor de los señores» sino el «Siervo de los siervos». Esta inversión del orden es tremendamente peligrosa, es subversiva, es demoledora. Si resulta que, en último término, la instancia legitimadora de toda verticalidad esclavizante se ha abajado, ello pone en cuestión el «orden presente», el «Imperio» y a todo «Kyrios-Kaiser».

Éste es el problema del arrianismo. Arrio suscita muchas simpatías, sospecho que porque fue condenado por Nicea; pero es que Nicea tenía razón. Dar paso al arrianismo era dar paso a un Jesús como un ser intermedio entre Dios y el mundo, entre Dios y nosotros, y así volver a la verticalidad: Dios – Cristo – nosotros. Arrio se niega a aceptar la plena divinidad de Jesús tal como la confiesa Nicea («Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre...»).

En la historia de la teología se dan y se siguen dando contradicciones muy curiosas: podemos llenarnos la boca con la palabra «inculturación» y, al mismo tiempo, desdeñar, cuando no despreciar, el primer proceso de inculturación por el que tuvo que pasar la comunidad cristiana al asentarse en suelo griego. ¡Qué bien nos viene cuando nos interesa –como ya hemos dicho– la teología burguesa centroeuropea de corte liberal para desautorizar ese apasionante proceso del que tanto tenemos que seguir aprendiendo con su grandeza y sus límites, como tiene todo proceso de inculturación...! Pero es que Arrio, como dice san Agustín[8], es menos conocido por negar la plena humanidad de Jesús. Al negar el «alma humana de Jesús» lo convierte en un ser intermedio: es la primera de las criaturas, no es totalmente de Dios, pero tampoco es totalmente humano, queda entre Dios y nosotros; por eso los emperadores tendieron al arrianismo: Un Dios, Un Cristo, la primera de las

8. «In eo autem quod Christum sine anima solam carnem suscepisse arbitrantur, minus noti sunt: nec adversus eos ab aliquo inveni de hac re aliquando fuisse certatum»: SAN AGUSTÍN, *De Haeresibus* I, 49 (PL 42,39).

criaturas por encima de nosotros... porque no es del todo como nosotros. Después, es muy fácil que se cuele en la cadena el «Kyrios-Kaiser», y después los siguientes mandos intermedios[9]

En el lavatorio de los pies el «Maestro y el Señor» está abajo, sirviendo; se ha roto la verticalidad, y no cabe otra relación que la horizontal, convocada y sustentada por aquel que no ha venido a ser servido, sino a servir.

Toda la reflexión que se desencadena, sobre todo a partir de Nicea, no es en absoluto ociosa; la comunidad cristiana quiere mantener la experiencia de salvación acontecida en Jesús. Afirmar la plena humanidad de Jesús como humanidad de Dios es dar una profunda densidad a lo humano. Se ha rasgado el velo del Templo para siempre, aunque muchos quieran recoserlo continuamente para volver a separar a Dios de la victimas y de los abatidos; separarlo de la humanidad doliente encerrándolo en el «sancta sanctorum» para controlarlo; alejarlo para poder ocupar instancias intermedias... El dogma es un «recuerdo peligroso», porque, si Dios nos ha visitado, para muchos resulta una visita incomoda. Es una incomodidad un Dios abajado y en-carnado

Dios se abaja, no se rebaja

Adentrarse en la historia del dogma no es fácil: hay que vencer muchas perezas y resistencias, pues no siempre se trata de una historia edificante, sino que en ella se cruzan intenciones nobles con otras muy «humanas, demasiado humanas». A veces es una laberinto en el que, si no eres acompañado, te pierdes. Griegos y latinos no se entienden; las palabras no significan lo mismo; se dan muchos intereses en juego,

9. «El motivo tradicional de la unión indisoluble entre política y religión proporcionaba fundamento a los príncipes para intervenir en la controversia arriana. Y lo hicieron con decisión desde Constantino en nombre de la unidad política, que identificaron desde el principio de la querella con la unanimidad teológica. Sólo que el monoteísmo radical que defendía el arrianismo se avenía mejor con la concepción monarquizada del poder imperial que el perturbador principio de la consubstancialidad del Padre y del Hijo que había salido triunfador en Nicea. En consecuencia, desde Constantino, los emperadores, en particular Constancio II y Valente, reconocieron en el arrianismo un sostén ideológico más capaz de garantizar la unidad y continuidad del Imperio y lo apoyaron con resolución»: Mª Victoria ESCRIBANO PAÑO, en *El Cristianismo marginado. Historia del Cristianismo / El mundo antiguo,* Madrid 2003.

fundamentalismos de todo tipo, ingerencias del Imperio consentidas... Ésa es la grandeza y la miseria de nuestra historia.

No podemos caer en planteamientos gnósticos; nos sigue costando aceptar la En-carnación. Un Dios y una comunidad cristiana viviendo en la algarabía de la historia: esto es in-culturación. Toda in-culturación es una en-carnación, a no ser que nos quedemos comos meros observadores. Sigo diciendo que la herencia de la Teología Liberal pesa más de lo que creemos, la reducción del evangelio a la pura bondad de Dios y la grandeza del alma humana, que lleva consigo la consideración del asentamiento de la fe en la cultura griega como pérdida. ¿No será que nos aterra en «tiempos blandos» aprender de un proceso apasionante como fue el deseo de los primeros de dar razón de la esperanza en una cultura que no era la de origen del hecho cristiano?

Los dogmas siguen siendo criterio y norma de la correcta confesión de fe. Lo cual no tiene que asustar, sino todo lo contrario. Nuestra fe es una fe en el *Christus traditus,* en el Cristo que se nos ha entregado; nosotros somos cristianos «de segunda mano» (S. Kierkegaard) y tenemos que responder creativamente en nuestro momento a la pregunta «¿quién decís vosotros que soy yo?». Pero es un orgullo insufrible, propio de nuestra cultura, creer que somos los primeros y primeras en contestar. Tenemos mucho que aprender de la Tradición, aprender qué caminos son fecundos y qué caminos son impracticables porque son un viaje a ninguna parte. El abajamiento de Dios pone en cuestión todo intento de abaratar y rebajar lo cristiano. *No creo que sea tanto problema de pensamiento fuerte o débil, de modernidad o posmodernidad, cuanto de si los pobres de nuestra tierra siguen siendo los pobres* ***de Jesucristo*** *o son residuos de la «gran superficie»;* aquí está el problema. La historia de la fe confesada no vende en ella, pero es irrenunciable si no queremos desvirtuar nuestra fe en el Señor y Cristo y reducirla a un producto más en el supermercado de las creencias religiosas. Aprender de la Tradición y percibir los grandes criterios eclesiales de discernimiento en la confesión de fe hoy sigue siendo tarea imprescindible. Además, vale la pena el esfuerzo, como todo lo valioso.

ST EDITORIAL
SAL TERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

SANTIAGO MADRIGAL, SJ

Karl Rahner y Joseph Ratzinger.

Tras las huellas del Concilio

192 págs.

P.V.P.: 11,00 €

La celebración del Concilio aproximó y puso en paralelo la vida y el pensamiento de Karl Rahner y Joseph Ratzinger. «Tras las huellas del Concilio», las reflexiones de estas dos grandes personalidades teológicas nos permiten adentrarnos en el tiempo postconciliar, años de crisis que han sido testigos del distanciamiento de estos dos teólogos alemanes que personifican, en cierto sentido, el examen de las tareas de la Iglesia en la sociedad moderna y un diverso enjuiciamiento de las formas de aplicación del Concilio a la renovación y *aggiornamento* de la Iglesia.

ST 94 (2006) 29-38

La «primavera galilea» del discipulado. «Rebajas» para atraer seguidores

Dolores ALEIXANDRE, RSCJ*

«Disfrute desde ahora de su compra, ya pagará más adelante». Imaginemos lo que ocurriría si aplicáramos este *slogan* publicitario al proceso de atraer discípulos al seguimiento de Jesús. De entrada, les animaríamos a gozar cuanto antes de sus ventajas y les presentaríamos los aspectos más amables del discipulado, como quien aconseja a un alpinista novato que emprenda la escalada del monte no por lo más difícil, sino por su «cara sur».

Es verdad que la táctica de Jesús que aparece en el Evangelio parece más bien la contraria: los llamados por él tenían que abandonarlo todo, y a los que pretendían seguirle les hablaba de una vida a la intemperie, sin tener siquiera dónde reclinar la cabeza (Lc 9,53). Sin embargo, a aquellos dos primeros que se fueron con él algo debió de «engancharles» aquel día (*serían las cuatro de la tarde...*), porque decidieron quedarse con aquel desconocido al que habían seguido casi sin pensarlo (Jn 1, 35-39).

A veces trato de imaginar lo que ocurrió en aquellos primeros momentos, qué estrategias emplearía Jesús para, sin forzar su libertad, retener a los que había llamado; para que a Pedro, Andrés, Santiago o Leví les siguiera «compensando» seguir con él y no se volvieran a la rutina de sus barcas o de su telonio.

¿Qué «marca positiva» dejó en ellos, y en otros muchos personajes del Evangelio, el primer encuentro con Jesús? No todos tomaron partido por él desde el comienzo. Cuando Nicodemo, por ejemplo, le visitó de noche, debió de salir más atormentado de dudas de lo que ha-

* Profesora de Teología. Universidad Pontificia Comillas. Madrid. <aleixandre@teo.upcomillas.es>.

bía llegado: al final del texto, ya sólo habla Jesús, mientras que Nicodemo, mudo, sale de escena sigilosamente (Jn 3,1-21). Pero volvemos a encontrarle de nuevo, en pleno día, tomando postura a favor de Jesús en el sanedrín (Jn 7,51) y, finalmente, en el Calvario, afrontando el riesgo de manifestarse abiertamente de parte de un ajusticiado (Jn 19,38-39)[1]. Aquella primera conversación, al parecer infructuosa, había dejado en él su huella.

¿Qué poderosa marca de libertad y de alegría debió de tatuar también a Zaqueo después de aquella cena compartida (Lc 19,1-10) para que, a la mañana siguiente, no se arrepintiera de haber tirado la casa por la ventana, atribuyéndolo al buen vino de la cena y a la presencia perturbadora del que se había invitado a su casa?

¿Y Marta? ¿No bendeciría la regañina de Jesús que la liberó de su activismo febril y la inició en una manera de vivir y trabajar con sosiego, dando prioridad a la escucha de la Palabra? (Lc 10,38-42).

Las parábolas pudieron funcionar también como un anzuelo con el que Jesús «pescaba» a quienes las escuchaban: su peculiar sabiduría les sacaba a respirar otro aire, en un intento de que la anterior atmósfera en que se movían les resultara ya irrespirable. Al oírlas, algunos debían de sentirse empujados más allá de los límites que se habían impuesto, desbordados por algo insólito. En aquellas historias que contaba Jesús, lo extraordinario rozaba su existencia, como un cometa que ilumina con su órbita de luz otro planeta oscuro, y lo «razonable» quedaba desafiado por extrañas propuestas que, como una epifanía, rompían su horizonte estrecho y dejaban entrever, como detrás de las rejas de una celosía, posibilidades apasionantes e inéditas[2].

Algo parecido le ocurrió a Bartimeo (Mc 10, 46-52), acurrucado como nosotros en la cuneta de esa mentalidad que calificamos de «sensatez» y «realismo». Cuando escuchó el *¡Ánimo, levántate!* con que le llamaba Jesús, dio un salto y tiró como inservible el manto de su vieja mentalidad. Ahora, convertido en discípulo, subía a Jerusalén detrás de alguien que había hecho emerger dimensiones desconocidas de su persona y había marcado para siempre sus ojos con el resplandor de una luz deslumbradora.

---

1. J.M. MARTÍN MORENO, *Personajes del cuarto Evangelio,* Biblioteca Teológica Universidad Comillas – Desclée, Madrid/Bilbao 2002, 99-112.
2. W. HARNISCH, *Las parábolas de Jesús,* Sígueme, Salamanca 1989, 170ss.

Esa misma tarea de iluminar cegueras era la que debía de intentar Jesús con los suyos cuando, a solas con ellos, les explicaba las parábolas: «Imaginad que sois del grupo de los contratados por el amo de la viña a última hora y que habéis recibido el mismo salario que los que se han pasado el día trabajando. Al día siguiente, ¿no llegaríais mucho más temprano que los demás, no para acumular méritos, sino por puro agradecimiento, porque la bondad del amo os había atrapado en su espiral de gratuidad?». Y la novedad de esa reacción hacía parecer mezquino lo que más de uno (y nosotros probablemente) murmuraba en su interior: «Si yo hubiera sido de los que ganaron un denario habiendo trabajado sólo una hora, al día siguiente, y en vista de que no peligraba mi salario y que el amo era tan generoso, llegaría lo más tarde posible...»

Inexplicablemente, Jesús, que tantas veces se expresaba desde un realismo lúcido e incluso a veces con una sombra de pesimismo (*«no se fiaba de los hombres, porque sabía lo que hay en el hombre»:* Jn 2,25), parecía estar a la vez habitado por una confianza sin límites en la capacidad de reacción del corazón humano y, como si no hubiera perdido la ingenuidad de los niños, se atrevía a plantear modos utópicos de comportamiento[3]. Aquellas narraciones suyas, bajo su apariencia de sencilla cotidianeidad, encerraban un poderoso potencial transformador: *«A quienes las recibieron* –podríamos decir, glosando el prólogo de Juan– *les dio poder para convertirse en discípulos...».* En ellas latía la oferta de irse transfigurando a imagen del Maestro, de ir coincidiendo, aunque fuera trabajosamente, con la manera de pensar y vivir del que las pronunciaba. Y cuando lo conseguía (y ése era su mayor milagro), era como si aconteciera de nuevo el Éxodo: alguien escapaba de la esclavitud de la lógica plana, dejaba atrás la orilla de las rancias sentencias del refranero («Que cada palo aguante su vela»; «Quien da pan a perro ajeno pierde pan y pierde perro...»; «Cría cuervos, y te sacarán los ojos...»; «Que cada cual arrime el ascua a su sardina...») y se adentraba en la tierra de la gratuidad y del amor sin orillas.

Contemplar, aunque sea de lejos, esa tierra que se divisa en el horizonte tiene el poder de despertar y movilizar nuestros deseos, porque ¿quién no soñaría con vivir ***contagiado*** de una gran confianza, ***liberado*** del ansia de medir y controlar, ***familiarizado*** con las insólitas costumbres de Dios, *habitado* por una extraña alegría?

---

3. J.I. GONZÁLEZ FAUS, «La "filosofía de la vida" de Jesús de Nazaret»: *Sal Terrae* 76/4 (Abril 1988) 275-289.

Ésos son algunos de los rasgos de la «primavera galilea» del discipulado, abierta a todo el que quiera vivir y respirar:

CONTAGIADO de la gran confianza de Jesús

En el evangelio de Marcos, las dificultades y las resistencias ante Jesús y su anuncio del Reino comienzan casi desde los inicios: *«Estaban allí sentados algunos escribas pensando para sus adentros: ¿Por qué habla este así? Blasfema»* (2,6). Siguen las críticas porque Jesús come en casa de Leví (2,16), porque no ayuna (2,18), porque sus discípulos arrancan espigas en sábado (2,24), porque cura al hombre de la mano paralizada (3,6), porque expulsa demonios (3,30)... Sin un acento tan acusado, también Mateo y Lucas reflejan ese trasfondo sombrío de hostigamiento y crítica.

Podemos suponer el desconcierto de sus discípulos ante ello, y su decepción al ir constatando que el avance del Reino no seguía la trayectoria triunfal que parecían prometer los orígenes. ¿Por qué la Palabra no se abría camino? ¿Por qué Jesús suscitaba tanta oposición? ¿No se habría equivocado al elegir un grupo tan pequeño y poco significativo? La ansiedad, la preocupación y un cierto desánimo debieron de minar su confianza inicial, y es a esos sentimientos a los que podrían ir dirigidas las parábolas del sembrador (Mc 4,1-20), de la mostaza y la levadura (Mc 4,30-32; Mt 13,33) y de la cizaña (Mt 13,24-30).

Al pronunciarlas, Jesús se muestra investido de la convicción profética de que la Palabra es irresistible (Jr 23,29; Is 55,10), de que, más allá de los fracasos (pájaros que se comen la semilla, piedras que no la dejan crecer, espinas o cardos que la ahogan...), cuando encuentra buena tierra produce una cosecha tan espléndida que desborda todas las expectativas[4]. Es verdad que crece mezclada con la cizaña, pero el dueño del campo no se preocupa y, a diferencia de los que quieren arrancar la cizaña, permanece tranquilo, seguro de que la simiente sembrada es buena y de que el trigo acabará llenando su granero en el momento oportuno.

4. La estructura de la parábola presenta dos partes, aunque proceda en cuatro tiempos. La primera parte agrupa los fracasos y dificultades, mientras que la segunda, que se deja para el final, según las leyes de la retórica, presenta enfáticamente la fecundidad desbordante de la semilla que cae en tierra buena.

Y aunque los comienzos estén siendo insignificantes, ¿no lo son también un granito de mostaza o una pizca de levadura? (Mc 4,30-32; Lc 13,20-21). Hay que confiarse a su fuerza y adelantarse a contemplar su desenlace: un gran árbol en el que se cobijarán los pájaros, una masa de pan henchida que, al salir del horno, saciará el hambre de muchos.

Al discípulo que «da crédito» a esta gran confianza no se le promete que estará a salvo de fracasos y derrotas: seguirá sometido a «leyes de gravedad frustrante» y deberá aceptar que el futuro constatable será siempre inferior al soñado, el resultado menor que el esfuerzo invertido, y cada avance, acompañado de nuevas dificultades, estará siempre amenazado de degradarse a situaciones antiguas que se creían superadas. Pero es precisamente ahí cuando *«tiene gracia»* no perder el ánimo y cuando empieza a «funcionar» la gran confianza que contagia Jesús[5].

En la película *Zorba el Griego,* inspirada en la novela de Kazanzakis, en la escena en que se derrumba la mina en la que habían empleado todos sus recursos, y en plena situación de desolación y de fracaso, Zorba (un espléndido Anthony Quinn) se pone a bailar el *sirtaki.*

¿No estaremos necesitando en este momento en la Iglesia, junto a la lucidez crítica de los analistas, más discípulos que bailen el *sirtaki*?

LIBERADO del ansia de medir y controlar

Como las parábolas cambian mucho según el título que les pongamos, desde que empecé a leer la de «la semilla que crece por sí misma» (Mc 4,26-29) como la del «labrador paciente», este personaje se ha convertido para mí en un maestro de sabiduría y discernimiento.

«Mirad a ese hombre, parece decir Jesús: actúa y decide intervenir justo en el momento que le corresponde: *"siembra"* la semilla y, al final, *"mete la hoz"* cuando llega el momento de la siega. Pero sabe que hay un periodo de tiempo en el que a él no le toca hacer nada, sino que es la tierra la que *"por sí misma"* hace que la semilla germine y crez-

5. Gramsci, desde la cárcel, escribía: «Estoy convencido de que, incluso cuando todo está o parece perdido, hay que volver a ponerse a trabajar tranquilamente, volviendo a empezar por el principio» (Citado por R. DÍAZ SALAZAR, *Justicia global. Las alternativas de los movimientos de Porto Alegre,* Icaria Editorial – Intermón Oxfam, Barcelona 2002, p.83).

ca y dé fruto. Y todo eso acontece *"sin que él sepa cómo",* mientras él *"duerme y se levanta"* tranquilamente, sin empeñarse en dirigir unos ritmos que escapan a su control».

Seguimos teniendo como asignatura pendiente el discernir cuándo toca estar activos y diligentes en las tareas del Reino y cuándo pacientes y pasivos; cuándo es tiempo de arrimar el hombro y cuándo los otros agradecerían que nos quitásemos de en medio; cuándo la situación requiere estar vigilantes e intervenir, y cuándo lo único que podemos hacer es «echarnos a dormir»; cuándo toca analizar y detectar causas y cuándo encajar incapacidades e ignorancias y reconocer que no lo sabemos todo y que hay muchos *porqués* y *cómos* que se nos van a seguir escapando. El discípulo que «aprueba» esa asignatura es el que, después de hacer buenamente lo que estaba en su mano, se queda tranquilo, sabiendo que el proceso que Dios mismo ha puesto en marcha hará que la semilla continúe creciendo durante la noche, mientras él duerme.

Difícil sabiduría, ésta de acertar con la alternancia entre *instante* y *duración,* entre *alternancia* y *continuidad;* y eso que nuestra corporalidad es una buena maestra que trata de enseñárnosla cada día, cuando el sueño nos reclama interrumpir toda actividad consciente. Un precioso poema de Péguy, «La Noche», lo expresa así:

«Me han dicho, dice Dios, que hay hombres
que trabajan bien y duermen mal, que no duermen nada.
¡Qué falta de confianza en Mí!
Eso es casi más grave que si trabajasen mal y durmiesen bien
porque la pereza es un pecado mas pequeño que la inquietud,
que la desesperación y que la falta de confianza en Mí.

(...)

Y sólo tú, noche, hija mía,
consigues a veces del hombre rebelde
que se entregue un poco a mí,
que tienda un poco sus pobres miembros cansados sobre la cama
y que tienda también su corazón dolorido
y, sobre todo, que su cabeza no ande cavilando
(que está siempre cavilando)
y que sus ideas no anden dando vueltas
como granos de calabaza o como un sonajero
dentro de un pepino vacío. ¡Pobre hijo!

No me gusta el hombre que no duerme
y que arde en su cama de preocupación y de fiebre.
No me gusta el que al acostarse
hace planes para el día siguiente, ¡el tonto!
¿Es que sabe él acaso cómo se presentará el día siguiente?
¿Sabe siquiera el color del tiempo que va a hacer?
Haría mejor en rezar.

Porque yo no he negado nunca el pan de cada día
al que se abandona en mis manos
como el bastón en mano del caminante.
Me gusta el que se abandona en mis brazos
como el bebé que se ríe y que no se ocupa de nada
y ve el mundo a través de los ojos de su madre y de su nodriza.
Pero el que se pone a hacer cavilaciones para el día de mañana,
ése trabaja como un mercenario.

Yo creo que quizá podríais sin grandes pérdidas
dejar vuestros asuntos en mis manos, hombres sabios,
porque quizá yo sea tan sabio como vosotros.
Yo creo que podríais despreocuparos durante una noche
y que al día siguiente ni encontraríais vuestros asuntos
demasiado estropeados;
a lo mejor, incluso no los encontraríais mal,
y hasta quizá los encontraríais algo mejor.
Yo creo que soy capaz de conducirlos un poquito...

Por favor, sed como un hombre que no siempre está remando,
sino que a veces se deja llevar por la corriente»...

FAMILIARIZADO con las insólitas costumbres de Dios

No debió de ser fácil para los discípulos acostumbrarse a las imágenes sorprendentes que empleaba Jesús en sus parábolas para hablar de su Padre: un Dios desprovisto de los atributos propios de la divinidad (inmutabilidad, equidistancia, impasibilidad...) y dominado, en cambio, por emociones propias de los humanos: la misma inquietud y ansiedad de un poseedor codicioso, ávido de guardar lo que le pertenece (una oveja, una moneda...), sin soportar la más mínima disminución en sus haberes y dejando su alegría a merced de si encuentra o no lo perdido (Lc 15).

Un padre alterado e inquieto, que descuida los asuntos de la casa y siempre está fuera de ella, esperando o buscando, como alguien descentrado y des-quiciado (Lc 15,11-32).

Un rey sin poder ni autoridad, incapaz de convencer a sus invitados, demasiado expuesto a la decepción y al fracaso ante el rechazo de su banquete, asombrosamente contento de sentar a su mesa a la gente de los caminos (Mt 22,2-14; Lc 14,16-24).

Un inversor temerario y precipitado que corre el riesgo de repartir su hacienda, sus talentos o su administración entre quienes no le ofrecían suficiente garantía de gestionarlos bien (Lc 15,12; Mt 25,14-30; Lc 16,1-8).

Un terrateniente débil, paciente en exceso y fluctuante en sus decisiones, que tan pronto se niega a escuchar a los siervos que le aconsejan arrancar la cizaña (Mt 13,24-30) como se deja convencer por el hortelano para no cortar la higuera que no daba fruto (Lc 13,6-9).

Un amo de comportamiento impredecible y cálculos erráticos, que recompensa incomprensiblemente a los que menos sudores y tiempo han gastado en su viña (Mt 20,1-16).

Un observador parcial, con los ojos puestos donde casi nadie mira: las cunetas de los caminos (Lc 10,30), el umbral en el que yace Lázaro (Lc 16,20), los lugares donde los más débiles son maltratados por los fuertes (Mt 24,49)...

Eran imágenes a las que sus discípulos no estaban acostumbrados y por eso el Maestro necesitó mucho tiempo y mucha paciente insistencia para desalojar las viejas ideas que poblaban su imaginario. Tenían que consentir que Dios estuviera más allá de lo que pensaban sobre Él, se abriera paso en sus corazones y les revelara quiénes eran para Él:

«Sois una tierra sembrada de semillas destinadas a dar fruto (Mc 4,3-9), y existen en vosotros brotes de vida que la mirada del Padre descubre (Mc 13,28-29). Lo que Él ha sembrado en vuestra tierra posee tal dinamismo de crecimiento, que germina y crece más allá de vuestro control (Mc 4,26-29). No andéis preocupados por la mezcla de cizaña que hay en vuestra vida; lo que a vuestro Padre le importa es todo lo bueno que ha sembrado en vuestro corazón (Mc 13,24-30).

Es verdad que sois pequeños e insignificantes como un granito de mostaza; pero esa pequeñez esconde una fuerza capaz de transformarse en un gran árbol en el que vengan a posarse los pájaros (Mc 4,30-32). Quizá lleguéis a la sala del banquete andrajosos y polvorientos, pero sois comensales invitados y deseados, y el Rey que os ha invita-

do os espera con la mesa puesta (Mt 22,1-14). Alegraos de poseer talentos y recursos que invertir (Mt 25,14-30); estáis a tiempo de haceros amigos de quienes van a abriros las eternas moradas (Lc 16,9), porque tenéis entre las manos aquello en lo que os lo jugáis todo: pan, agua, techo, vestido compartidos con quienes carecen de ello (Mt 25,32-46). Lo propio vuestro es perderos (Lc 15,3), alejaros (Lc 15,11-32), dormiros (Mt 25,1-13), endurecer vuestro corazón (Mt 18,23-35), endeudaros (Lc 7,41-43)..., pero Alguien cree en vuestra capacidad de dejaros encontrar y volver a casa, estar en vela, ser misericordiosos, convertir en amor vuestras deudas. Y si os desea, persigue, busca y espera tanto, es porque sois valiosos a sus ojos».

Esos nombres que les bautizaban con su novedad son también los nuestros. Y el Evangelio nos los sigue entregando, como aquella piedrecita blanca del Apocalipsis (2,17) en la que está grabada nuestra verdadera identidad.

HABITADO por una extraña alegría

He hecho muchas veces la prueba de iniciar la parábola del tesoro e irla completando en grupo. Todo el mundo se acuerda de cómo empieza: *«El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo...»,* y también del hombre que lo encuentra y se va corriendo a venderlo todo para comprar el campo. Cuando digo: «Falta algo», empiezan los detalles, unos reales y otros pintorescos: que lo volvió a esconder, que estaba cavando, que el tesoro estaba en un cofre... Salvo rarísima excepción, nadie se acuerda de la frase sobre la que pivota la parábola y que pone en marcha todo su dinamismo: *«...y por la alegría».*

Me pregunto qué es lo que ha pasado a lo largo de veinte siglos de predicación y catequesis para que nos haya quedado tan claro lo de renunciar, sacrificar, abstenerse, tomar la ceniza y dirigirse a Dios pidiéndole: «No estés eternamente enojado...», mientras que la alegría se queda arrinconada en los márgenes, como una virtud menor y prescindible.

Es verdad que para acceder a ella hay que aceptar su peculiar «cortejo»: viene acompañada de la desmesura: *«Entra en el gozo de tu señor»,* dice el amo de la parábola de los talentos a los dos empleados que habían negociado con ellos (Mt 25,21.23). ¿Qué clase de gozo es ese que no cabe dentro de uno mismo, sino que hay que introducirse en él, como quien se sumerge en el mar?

Otra de sus rarezas es que se entrega en proporción inversa a las posesiones, precisamente al revés de lo que nos empeñamos en creer; y para comprobarlo no hay más que comparar las trayectorias del joven rico y de Zaqueo: el primero, a pesar de que se quedó con todo lo que tenía, se alejó de Jesús invadido por la tristeza (Lc 18,18-23); el segundo, en cambio, después de hacer aquella «declaración de hacienda» que dejaba sus finanzas heridas de muerte, estaba contentísimo.

Pero el componente más extraño de la alegría que Jesús prometía era, evidentemente, el de sus «contextos oscuros»," y debieron de experimentarlo más tarde, cuando, después de ser azotados en el tribunal, *«se marcharon contentos de haber sido considerados dignos de sufrir desprecios por Su nombre»* (Hch 5,41).

No era una alegría que hubieran conquistado ellos; era la marca que iba dejando en sus vidas la cercanía del que llevaría también en su cuerpo las marcas de su amor sin límites. Antes que ellos, Jacob caminaba cojeando después de luchar con Dios en el Yabbok (Gn 32,31), a Moisés le resplandecía el rostro cuando salía de la tienda del encuentro (Ex 35,29), y Jeremías sentía la Palabra como un fuego encerrado en sus huesos (Jr 20,9). Algo de eso les había ocurrido a ellos: se habían acostumbrado a vivir a la sombra del Maestro, a mirar la vida con sus ojos, a escucharle hablar de Dios como antes nadie les había hablado. Sentían que podían confiar perdidamente en él y que, sin saber bien cómo, sus vidas estaban a salvo a su lado.

Por eso, cuando les preguntó si querían irse de su lado, y muchos se marcharon, ellos decidieron quedarse con él, aunque eran conscientes de que volverían a asaltarles el desconcierto y las dudas y que seguirían sintiéndose incapaces de saltar de alegría si llegaban las persecuciones, de entrar por la puerta estrecha, o de amar hasta dar la vida.

No, no era precisamente una existencia plácida y tranquila la que Jesús prometía a los que permanecieran junto a él.

Pero ninguno de ellos (¿tampoco nosotros?) la habría cambiado por ninguna otra en el mundo.

ST 94 (2006) 39-48

Vida espiritual sin rebajas. Cómo huir de las medianías

Francisco José Ruiz Pérez, sj*

En este mes de Enero, los escaparates vuelven a proclamar las rebajas. Todo son facilidades. Lo caro se transforma en barato. Lo imposible de adquirir meses antes es hoy una bagatela de un zoco al alcance del bolsillo. Comprar deja de ser un difícil ejercicio de ahorro calculado. El derrumbe de los precios da cumplimiento, por fin, a nuestros pequeños y grandes sueños de posesión...

Este artículo parte de la sospecha de que nuestro consumismo postnavideño refleja una escena íntima no demasiado feliz. O la puede reflejar como si se tratara de una metáfora traicionera. La experiencia cotidiana dice, en general, que *lo bueno cuesta.* Lo que merece la pena, lo que perdura, lo que nos llena, no suele ser improvisado. Exige largos plazos. De ahí que la experiencia cotidiana diga también que siempre buscamos o sucedáneos de lo importante, o versiones anticipadas e incompletas de lo que deseamos, o atajos para las metas lejanas. Tendemos a buscar lo *rebajado.*

El escaparate atiborrado de objetos devaluados que prometen felicidad a bajo coste se asemeja a una cierta crisis del espíritu. Es la crisis por la que acabamos banalizando ideales, relativizando compromisos, abaratando valores. Un día nos sorprendemos habitados por realidades de ocasión: verdades que sólo son semi-verdades; fidelidades que se acostumbraron a la traición; convicciones que, sin rechistar, transigen y se doblegan; visiones altruistas de la vida que tienen más de justificaciones egoístas... Empezamos a atestarnos de falacias, de edulcorantes, de recetas rápidas. Hastiados de cazarnos en contradicciones, nos conformamos con baratijas. Han sido compradas aparentemente a un precio muy asequible. Y la verdad es que son una ganga...

* Provincial de la Provincia Bética de la Compañía de Jesús. Sevilla. <pacopepe@probesi.org>.

Las rebajas aproximan a los clientes bienes de consumo que, de otro modo, serían prohibitivos. Por esa razón, toda rebaja tiene el sabor dulce de haber engañado al vendedor: adquirimos un bien por un valor menor que el que realmente tiene. Es un pequeño fraude permitido en el juego comercial. Pero propio también de la crisis que describimos. Repletos de nuestros conformismos, logramos convencernos de que, en lo fundamental, somos coherentes sin haber tenido que topar con conflictos de conciencia *costosos.* Dejamos de preguntarnos. Dejamos de complicarnos.

Ahí va entonces la hipótesis: posiblemente no hay *rebajas* en eso que llamamos «vida espiritual». Las *rebajas* desentonan allí donde se producen las búsquedas profundas del ser humano. A continuación propongo tres consideraciones que lo quieren avalar. Son tres propuestas para huir de las medianías. Las tomamos de la experiencia propia de Jesús en esto del arte de no rebajar a Dios.

1. El imposible abaratamiento del lado duro de las cosas

Jesús se propone huir, efectivamente, de las medianías, tal como lo expresa la obertura de su vida pública en el relato de las tentaciones (cf. Mt 4,1-11 *et par.*). Se esfuerza en evitar esas medianías por *arriba:* Jesús no claudica ante aquellas pretensiones de poder que desvirtuarían fatalmente la única fuerza salvadora de la historia. Para él, eso es tan claro que no teme ser rotundo en su recurso a uno de los pilares de la tradición religiosa de Israel: «Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo darás culto» (Dt 6,13). Pero también, y para mayor sorpresa, elude las medianías por *abajo.* Reduce hasta el mínimo la distancia que podría separarlo del lado más duro de la realidad. Por ese motivo, las piedras no se convertirán en pan (cf. Mt 4,4), sino en inevitable y áspera calzada hacia el Gólgota. El relato de las tentaciones logra así su objetivo. Avisados quedamos: de parte de Jesús no esperemos *abaratamientos;* especialmente, no esperemos abaratamientos del lado duro de las cosas. Está decidido a no escapar de la historia en las encrucijadas que ésta le plantee.

Los Evangelios toman acta de que es así. Y lo hacen, por un lado, reproduciendo el rostro humano de Jesús. Fue debilidad de más de una generación cristiana el intento de ahorrar a Jesús el perfil demasiado *real* de su propia vida. Ya los Evangelios registran la disonancia que provocó en su momento entre sus contemporáneos la aparición pública de un vecino sorprendente: «¿No es éste el carpintero, el hijo de

María y hermano de Santiago, Joset, Judas y Simón? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros? Y se escandalizaban a causa de él» (Mc 6,3). Ni siquiera al final de su vida aquel rostro lleno de tanta realidad concitaba la duda de que representara algo más. Pilato despacha el asunto de Jesús asombrado de que un galileo de aquel porte levantara ánimos tan encontrados. A Jesús no se le figuraba como una alternativa de poder ni como una reivindicación con visos de peligro. El Nazareno era tan crasamente real, estaba tan impregnado de realidad con color débil y nimio, que se permite ironizar en el juicio que preside, jugando con los sentimientos de los mismos acusadores: «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?» (Mc 15,9). Efectivamente, se le podía soltar, porque aquél, así, sin más, *no podía ser* el rey de los judíos.

Lo que Jesús muestra ya en sí mismo, por otro lado, lo muestra también en toda su actividad. Jesús se atreve a conocer la realidad sin permitirse esquivarla en sus desafíos más imponentes y penosos. «Y se le acercó mucha gente trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos; los pusieron a sus pies, y él los curó» (Mt 15,30; cf. 11,4-6, *et par.*). Jesús se impone un paso riguroso por las situaciones que se resisten a soluciones inmediatas y viables. Mira la realidad tal cual, sin artificios. Desea estar con aquellos para quienes la vida no tenía *descuento* alguno, sino que se les presentaba en sus aristas más salvajes. Es una cuestión de principio. El Reino soñado y orado parte de esa proximidad, y no se concibe de otra manera: «Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos; y serás dichoso, porque no te pueden corresponder...» (Lc 14,13-14). En el Evangelio, la teodicea llega tarde: antes ya ha estado Jesús pisando la realidad sin mudarla en aquellas dimensiones desde donde lanza preguntas contundentes. Jesús nunca sobrevuela, sino que anda. Anda sobre el escenario vivo y directo de aquella realidad humana que solemos soslayar. El Evangelio es senda constante de confrontación con quienes quieren negar lo que son las cosas. De ahí que el cristianismo se convirtiera en demanda constante de realidad, no en escape de la misma.

Pero ¿por qué es así Jesús? Si Jesús enfoca de ese modo su vida, es porque está reflejando a Quien le inspira para configurarla. En Jesús todo se remonta a Dios. Y en Dios hay que encontrar la causa de por qué aquel Nazareno era de un modo y no de otro. Bien leídos, los evangelios son la narración de un Dios que anhela *encarnarse.* Esa encarnación no es parcial ni fragmentaria. Ni se conforma con aproximarse, sin más, a nuestra condición contradictoria. No agua la realidad, sino que la asume en sus exactas proporciones de luces y sombras. En Jesús

sabemos que el mundo y su historia han sido *adquiridos* por Dios en su justo precio. La encarnación de Dios se expresa en Jesús como un abrazo prieto y decidido al mundo, de tal manera que nada mundano es dejado atrás, evitado o negado.

Ese precio *irrebajable* del deseo encarnatorio de Dios no fue siempre bien aceptado por quienes empezaron a formular su fe en clave cristiana. Se intentó hacer con él una puja a la baja. No se aceptaba que el Dios de Jesús, encarnado de realidad conocida, aparentemente insignificante, directa, sin engañifas, fuera el que se quería revelar. Costó entender que un Jesús tan humano no pusiera en la picota su divinidad, sino que precisamente la aseguraba. No es extraño, por eso, que la teología cristiana defendiera desde muy pronto que Dios se abaja *para salvar.* En Dios hay movimiento hacia abajo en amor comprometido. Mientras que el egoísmo humano suele ser solidario en la distancia y nunca se atreve a apasionarse del todo por lo perdido –sus amores son muy calculados–, Jesús vive a un Dios que le invita a a-proximarse «hasta el extremo» (Jn 13,1). La encarnación no escatima su dinámica de máximo abajamiento, porque en ello se juega la salvación de lo humano. Por esa razón, el pobre tiene una resonancia principal en el Evangelio. Cuando Jesús opta por el margen, su opción no es exclusivista. El Reino no es, de entrada, una oferta elitista. Es una oferta universal. Pero para que sea efectivamente universal, el Reino se ordena en referencia fundamental al marginado. Confluye hacia *lo más bajo:* «El más pequeño de entre vosotros, ése es el mayor» (Lc 9,48). Jesús propone que nos movilicemos todos de manera que últimamente nos encontremos en el margen. Así, y sólo así, el Reino será verdaderamente universal. El rico, el poderoso y el importante de este mundo parcelan la realidad, la miran a través de filtros deformantes. Jesús, desde su marginalidad, propone neutralizar esa dinámica, desactivar justo aquello que separa dramáticamente a los seres humanos. Los ricos han de desposesionarse en pro de los pobres. Los justos han de acercarse a los pecadores. Los sobrados han de repartir con los necesitados. Y todo ello sin rebajas...

Formulemos entonces un primer método para huir de nuestras medianías cuando nos ataca la tentación de abaratar el lado duro de las cosas: *hay que contemplar a Dios en su deseo decidido de Encarnación.* Jesús practicó esa contemplación en sus múltiples paradas de desierto y en sus paréntesis de aislamiento. Para él fue absolutamente decisiva: al fin y al cabo, él era esa Encarnación. Nosotros precisaríamos recu-

perar también un punto de esa mística para afrontar sin tapujos la ascética de confrontarnos con la realidad en su vertiente opaca de sentido y tomarla en nuestras propias manos.

2. El imposible abaratamiento del cómo quiere Dios hacer las cosas

Acoger toda la realidad ya es mucho, especialmente si la abarcamos por sus lados más negativos. Pero el reto cristiano va todavía un poco más allá: quiere transformar. Las cosas, además de ser como son, están abiertas a nuevas posibilidades. El mundo y la historia pueden ser de otro modo. Así lo inducimos del mensaje programático de Jesús según Marcos, que es invitación a la *metanoia* (cf. Mc 1,15). Los Evangelios están suponiendo no sólo la necesidad, sino también la *posibilidad del cambio.* El deseo encarnatorio de Dios es igualmente deseo *redentor.* El anuncio de Jesús se asocia de esa manera al compromiso con ese Dios que está detrás, en lo recóndito de la historia, pero que también está delante, apuntando a la novedad inédita de esa misma historia. Por desgracia, se movilizan aquí de igual forma nuestras estrategias de *abaratamiento,* y volvemos a las medianías...

Los Evangelios vuelven a ponernos en antecedentes de que esto es así. Traslucen a un Jesús que es insistente en que *se tome postura ante él.* Levantaba entusiasmos y rechazos. Despertaba actitudes en una dirección o en otra. Decantarse o no por Jesús parece que es mucho más que una cuestión de cercanía personal. A Jesús le importaba saber la resonancia vital que podía generar en la gente. Así lo sugirió sinceramente al grupo de los más cercanos, cuando se encontraban en Cesarea de Filipo. De su sondeo general a sus discípulos sobre el impacto de su persona –«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» (Mt 16,14)–, pasa a la pregunta directa: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16,15). A los discípulos les costó mucho entender que el posicionamiento con respecto a Jesús representaba, al fin y al cabo, su posicionamiento con respecto al Reino. Por esa razón, Jesús les hizo un envite: ¿estaban dispuestos a sacrificar cualquier proyección falsa de lo que era el Reino a la vista de lo que, de hecho, era su vida e iba a ser su destino?

Todo hay que decirlo: no estaban tan dispuestos. Por eso los discípulos de Jesús tuvieron que asistir más de una vez al rechazo de su Maestro contra las medianías. Efectivamente, los Evangelios no los protegen contra una sospecha fundamentada: la de que intentaron va-

namente llevar adelante seguimientos edulcorados de Jesús. Imaginaron *otros* Reinos. Y Jesús estuvo particularmente interesado en denunciarles su propio engaño.

Pedro se nos ofrece como prototipo de lo que pasaba en el círculo más íntimo de Jesús. Y se nos ofrece como guía de un proceso por el que recuperar la autenticidad del seguimiento. Vayamos nuevamente a la escena paradigmática de Mt 16,21-26. Jesús acaba de destapar a los suyos la posibilidad de un giro en su proyecto, con todo el aspecto de que no se trata de un desgraciado incidente, sino de una *dimensión inherente* a Jesús y a su Reino: «Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día» (Mt 16,21). Sabemos cómo reacciona Pedro... Pero ¿qué sucede en él cuando todavía seguramente le retumban las palabras de Jesús y lo atraviesan por dentro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí...» (Mt 16,23)? Palabras sorprendentes, duras, excesivamente afiladas, que son pronunciadas abruptamente en el seno de una amistad más que probada. Pero ni rompieron esa amistad ni quebraron un seguimiento. ¿Por qué Pedro no se fue del grupo?, ¿por qué no dejó a Jesús? O, mejor, ¿por qué Jesús se arriesgó a que pudiera producirse una deserción tan significativa como la de Pedro?

No sabemos cuándo conoció Pedro a Jesús en Cafarnaúm. Sólo sabemos que le atrajo tanto que se atrevió a cambiar de vida. Posiblemente, muchos de los suyos no lo entendieron, como no se suele entender cualquier cambio radical de la propia cotidianeidad. Un pescador del mar de Galilea no tenía por qué jugar con mesianismos. Pero Pedro desoyó el sentido común. Intuyó en Jesús algo y se decidió a no perderlo. De hecho, lo haría a fondo. Después de un tiempo en el grupo de discípulos, se sabía líder y lugarteniente del Maestro, seguro de Jesús y, ciertamente, seguro de sí. Se permite incluso «reprenderlo», suponiendo que entreveía ya mejor cuanto le convenía a Jesús mismo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» (Mt 16,22).

Jesús se atreve a aplicar una terapia espiritual a Pedro, porque la oportunidad lo exigía. Su mejor amigo había optado por las medianías. El seguimiento de Pedro se desleía por momentos. Se estaba *abaratando* al entrar en una lógica de tibieza: «¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» (Mt 16,23).

Jesús hizo ver a Pedro que aún no era su discípulo, que todavía no había salido de Cafarnaúm –aquel ámbito en el que tuvo la primera no-

ticia de que los «pensamientos de Dios» eran alternativa posible a «los de los hombres»–. Pedro confundía a Dios con un mar fácil de navegar, dominado a timón. Lo mezclaba con su comprensión poco convertida de lo que tenían que ser los grandes pilares sobre los que apoyar un proyecto de vida –el tener, el amar y el elegir–. Pedro suponía conocer a Dios y quería enmendarle la plana a aquel que se lo había mostrado. Hasta ese momento, su tesis era que Dios no propone caminos trabajosos, sino atajos cortos y exitosos. No se arriesga a amar o, en todo caso, ama sin arriesgarse. No sufre. Evitará la confrontación con los letrados en Jerusalén y, desde luego, nunca pisará el enlosado de un palacio para ser objeto de un juicio público... Pero Jesús no cede y recrimina públicamente a Pedro. Dios es *de otra manera.* Y transformará las cosas *de otro modo.* La Suya es *otra* riqueza, *otro* amor, *otra* libertad. No caben las interpretaciones en esto.

Todo indica que, posiblemente, Pedro no comprendió de una sola vez. Pedro acabó comprendiendo que estaba metido en un engaño tan rotundo como que no estaba siguiendo a Jesús, su mejor amigo, como que no estaba siguiendo al Dios asombroso de Jesús que es Vida sólo, Vida en entrega, tan despojada de sí que abraza la Cruz hasta convertirla en nueva Vida. Pedro seguía en pos de su sueño de cómo hay que tener, cómo hay que amar y cómo hay que ser libre. Así que el hecho de que su mejor amigo lo llamara «Satanás» no le dolió tanto a Pedro como para no entrever en ello una invitación nueva a seguirlo. Y permaneció en el grupo de Jesús.

Esa segunda llamada de Jesús a Pedro es la reconstrucción, ahora sana, del proceso vocacional de Pedro y el replanteamieno de su seguimiento abaratado. Los ecos paulatinos de esa reconstrucción aparecen acá y allá en los Evangelios: Jesús tendrá que serenar y reenfocar las pretensiones de poder de sus discípulos (cf. Mt 18,1-4 *et par.*; Mc 10,35-45), criticará su violencia latente (cf. Lc 9,52-55), volverá a insistir en la única perspectiva que articula la nueva Vida que promete: el servicio (cf. Jn 13,1-14)... Si las dimensiones existenciales de Jesús se traducen en explicitar el *cómo* de Dios en la historia recabando pobreza, castidad y obediencia, Jesús velará para que esas dimensiones no pierdan su fuerza. Jesús avisa muy mucho a sus discípulos de que todo lo que posean sea de Dios; de que todo lo que amen, lo amen en Dios; y de que todo lo que elijan, antes lo escuchen de Dios.

El fracaso en el mantenimiento de ese cómo es fracaso rotundo del Evangelio. Las advertencias de Jesús en este punto no ceden terreno a la confusión, sino a todo lo contrario. No es posible *rebajar* el Evan-

gelio, ya sea a través de dinámicas ambivalentes –«...porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón»: Mt 6, 21–, ya sea a través de procesos degeneradores –la sal *no debe* volverse sosa, so pena de perder rotundamente su virtud (cf. Lc 14, 34 *et par.*).

Llegamos así al segundo método para soslayar las medianías de nuestra forma contentadiza y liviana de asumir *el* modo de Jesús. Como él mismo hizo con Pedro, *podríamos atrevernos a dejarnos contrastar por nuestros amigos: contrastar cómo velamos por lo que es nuestro sentido y lo que son nuestros valores asumidos en la fe.* La amistad es espacio donde se produce verdad y donde la verdad es difícilmente esquivable y mistificada. El ejercicio arduo de la corrección y de la crítica denunciadora es posible en tanto sea *fraterno.* Y en la amistad se nos vuelve suave el aviso de que andamos con baratijas, en vez de con autenticidades. Pedro pudo verlo en su caso sólo porque se lo dijo el Auténtico, su amigo.

3. El imposible abaratamiento de la misericordia

Lo indicado hasta ahora podría quedar con cierto sabor de principios inalcanzables. Dios no se *rebaja* en su intensidad encarnatoria. Tampoco Jesús *abarata* el modo existencial de asimilarlo y de seguirlo. Pero nos es lícito preguntarnos si esa insobornabilidad sólo es propia del lado divino, sin que traspase a nuestro lado y equilibre nuestra inclinación por lo contrario. Habría que recordar entonces que Jesús no se ciñe a proclamar las singularidades de Dios, con la intención de esbozar finalmente una teología absorta en especular la esencia divina. Es evidente que el Evangelio es noticia teológica, pero noticia teológica para nosotros. Si, efectivamente, el Evangelio no ofrece saldos que ahorren realidad y abaraten seguimientos, es porque Dios *es* y *hace* así, pero también porque en nosotros ese ser y hacer insobornables tienen anclaje en lo más profundamente humano, en aquel punto donde lo humano vuelve a remitirse del todo a lo divino, por ser imagen y semejanza de él. El imposible abaratamiento del qué y del cómo de Dios tiene una resonancia particular dentro de nosotros.

Acudamos a una de las historias más hermosas de Jesús. Y permitámonos dejar vía libre a su capacidad de sugerencia, sin reparar en la exégesis rigurosa. Es la historia de aquel robo de unos forajidos, de un hombre malherido en una cuneta, de un sacerdote y un levita que pasan de largo, y de un viajante samaritano (cf. Lc 10,25-37). Conocemos cuanto pasó para que confluyeran todos aquellos personajes. Jesús

lo describe como quien cuenta un hecho cotidiano. Era el incidente normal de uno de los muchos robos que se producían en los caminos de la Judea y la Galilea de entonces, signo de los desequilibrios económicos y sociales de la situación contemporánea de Jesús. Era también el relato habitual de tantos como andan por los caminos sin detenerse a ver a quienes se encuentran en las cunetas. Era todo eso... hasta que Jesús, de pronto, introduce a un héroe anónimo, un samaritano. La historia deja de ser una historia cotidiana sobre lo dura que es la vida y lo dura que la hacemos. Aquel viajante se detiene y se acerca a la cuneta. Y se lleva a alguien que estaba postrado en ella. El cuento ya no es crónica anodina. Es noticia.

El escenario y sus personajes se pueden resumir en las dos imposibilidades de abaratamiento a que nos hemos referido en los apartados anteriores. De una parte, Jesús defiende el principio teológico de que Dios habita en el lado duro de las cosas –y así son las cunetas de todos los caminos, habitadas por los desarrapados de la historia–. Dios no se queda sólo en el Templo. Prolonga su presencia hasta los confines de las situaciones humanas trágicas. El sacerdote y el levita parten de un principio teológico distinto, todavía restringido. Por eso no hacen *adoración.* Por otra parte, Jesús discrimina seguimientos y consagra la reacción del samaritano como la que debería esperarse. A Jesús se le nota su deseo de que no haya vacilaciones en ello. Por eso, frente a la rapidez narrativa que llevaba hasta ahora la parábola, en este momento el relato se vuelve lento, toma imágenes sucesivas en corto, casi con el deseo de no perder nada de cuanto está sucediendo: «Acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al posadero...» (Lc 10,34-35).

Y, sin embargo, nos deja con una pregunta: ¿qué ha pasado para que un desconocido se complique la vida con otro desconocido? Rebobinemos la historia. La verdad es que Jesús tiene el detalle de explicarnos lo que sucedió. Lo dijo rápidamente, pero lo dijo. Jesús, narrando, se metió en el interior del samaritano. Enfocó y sacó esta foto: «...y al verlo, tuvo compasión» (Lc 10,33). Que es como decir: el samaritano se sintió impactado, se dejó afectar, su corazón se transformó... Ahí se produce un proceso de insobornabilidad que parece reflejar algo de la insobornabilidad divina. Desde ese momento, el samaritano quiebra la cotidianeidad de lo duro de las cosas. Gasta de lo suyo y lo comparte. Mezcla su vida con la de un necesitado y rompe soledades. Cambia su esquema de vida y se ata a la misericordia. Dicho de

otra manera: el samaritano empieza a vivir nuevos registros de lo que son la riqueza, el amor y la libertad. Su corazón tocado le anima a dar lo que tiene, a querer sin retorno y a moldear la vida por los otros.

Alcanzamos así la tercera de las propuestas para huir decididamente de las medianías: *expongamos el corazón.* No permitamos que se enroque y se blinde, de modo que actuemos desde lógicas distintas de la de la misericordia. Cuando consentimos en que la realidad apele al corazón y le formule a él directamente preguntas, entonces se puede activar en nosotros la dinámica de la misericordia. Y si eso se produce, nos veremos impelidos a responder totalmente. Sin recortes. Como el samaritano, que está dispuesto a llegar hasta el final de lo que le dictan sus entrañas insobornables: «Cuida de él, y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva» (Lc 10,35).

4. Conclusión

El breve recorrido que hemos hecho deteniéndonos en algunos hitos de la experiencia de Jesús pone al descubierto espacios no de mínimos, sino de máximos. Dios no se impone para sí rebajas en su entrega encarnatoria. Ni Jesús es condescendiente con discipulados amañados. Ni, finalmente, la misericordia, cuando atrapa lo más nuclear de nosotros, permite ser disminuida en su invitación a implicarnos en el otro necesitado. En todo ello, efectivamente, se detecta que los Evangelios son unánimes en rechazar mediocridades.

Pero esa intransigencia en contra de las medianías no la impone ningún código ético impersonal. Es una intransigencia amable. Jesús la descubre en contemplación, la hace revivir en la amistad, ayuda a reconocerla en el corazón afectado. De esa forma, vivir el Evangelio no debería tener resabio alguno a exigencia descarnada y culpabilizante. Debería ser algo distinto, parecido a la elegancia del padre de aquel hijo que nunca supo entender lo que significaba la vuelta de su hermano menor a casa. Su padre tuvo que desvelarle en ese momento cómo había entendido la familia y su relación con él. No se había puesto límites en nada, jamás había aceptado *abaratamiento* alguno en su entrega: «*Todo* lo mío es tuyo» (Lc 15,31). Aquel hijo mayor no se había enterado hasta entonces. No tenía culpa: su padre nunca se lo había recordado explícitamente. Así de callado e imperceptible es el amor en su férrea e insorbonable convicción de donación total, sin rebajas.

ST 94 (2006) 49-53

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Reflexiones sobre el terreno tras los sucesos de Ceuta y Melilla

Delegación de Acción Social.
Provincia de Castilla SJ

Durante el pasado mes de octubre saltaron a nuestros noticieros, periódicos y pantallas de TV las escenas grabadas en las ciudades de Ceuta y Melilla. A lo largo de casi quince días, los informativos aportaron todo lo necesario para que la llamada «opinión pública» conociera los más pequeños detalles del asalto a las vallas, del número de inmigrantes implicados, de las condiciones en que actuaban, de los procedimientos e instrumentos utilizados, de las localizaciones exactas, de cómo vivían al otro lado y, finalmente, de las trágicas muertes producidas.

A los pocos días, cuando todo parecía «felizmente resuelto», volvemos a encontrarnos en los medios de comunicación con otras escenas desgarradoras: cientos de africanos en autobuses, gimiendo y gritando en condiciones inhumanas, en dirección a lugares indeterminados del Sáhara Occidental, agobiados con la perspectiva de ser dejados a su suerte en medio del desierto.

Durante estos últimos meses se han producido denuncias del trato inhumano que practica Marruecos con los inmigrantes. También denuncias contra el gobierno español por deportar a demandantes de asilo. Intervención personal de los reyes de España y de Marruecos. Visita de parlamentarios europeos a la zona de Ceuta y Melilla. Denuncias de las actuaciones de la Guardia Civil y de la Policía Nacional en ambas ciudades autónomas...

Lo que hemos visto y conocido en estos días no es nuevo; es la realidad frecuente, de todos los días, en ambas ciudades en estos últimos años. Una realidad que, junto con las pateras, completa el trágico pa-

norama de la inmigración africana a Europa. ¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Cuál es la verdadera realidad de esta inmigración a lo largo del continente, y especialmente en sus últimas etapas en Argelia y Marruecos? ¿Tiene alguna solución?

También descubrimos implicaciones políticas: Los lugares de donde proceden los principales flujos de inmigración irregular hacia nuestro país desde África son zonas conflictivas permanentes entre España y Marruecos.

El impacto en las políticas migratorias de España, la Unión Europea y Marruecos ha sido muy fuerte. En España se han olvidado con facilidad los compromisos internacionales contraídos en materia de derechos humanos. El modo de controlar las vallas se convierte en una demanda social. Se ha reactivado el tratado de repatriaciones con Marruecos, olvidado durante años. La Unión Europea, por su parte, destina ayuda económica a Marruecos para que controle los flujos migratorios que pasan por su territorio.

En otra esfera encontramos a los oportunistas, de diferentes grupos políticos, que dificultan la integración de las personas que están trabajando y viviendo entre nosotros, y ponen zancadillas a los esfuerzos de sensibilización social que están realizando muchas entidades de iniciativa social.

Varios cooperantes de organizaciones humanitarias y de defensa de los Derechos Humanos siguieron, en distintos grupos, a los diferentes convoyes de autobuses que fueron desplazándose erráticamente por el país. En estos vehículos, las autoridades marroquíes embarcaron a cientos de africanos dispersos por todo su territorio, muchos de ellos repelidos por las policías de ambos países al cruzar las vallas, otros provenientes de Tánger, Rabat y de diferentes ciudades marroquíes con la intención de ser deportados en el desierto. Las organizaciones humanitarias siguieron a los autobuses, atendieron a los africanos que pudieron y denunciaron ante la opinión pública la situación. Entre ellos, un jesuita[1] que se integró en uno de estos grupos de seguimiento. Estas líneas que siguen a continuación son parte de su experiencia y narración compartida, que nos ayudan a mirar esta realidad con otros

1. Pep Buades, coordinador de todo el trabajo con migraciones que realiza la Compañía de Jesús en España (CIAS-Migraciones). Integró un grupo formado por un miembro de «S.O.S Racismo», de la asociación Elín, que está presente en Ceuta, y de «Women's Link World Wide». Fue en respuesta a una petición de ayuda realizada por varias de las personas que le acompañaban.

ojos: los de las victimas[2]. Éste es el valor que tiene para nosotros, los lectores. Son aporte para nuestra fe, que nos invita a no bajar la guardia y a luchar por los derechos de personas tan vulnerables.

I

«Iba enviado a integrarme en un equipo que viajara al desierto, en un lugar para mí indeterminado entre Marruecos y Argelia. Teníamos que levantar acta de los resultados de una deportación acontecida una semana antes. Unos doscientos subsaharianos habían sido abandonados en el desierto, en la frontera argelina, de noche y sin vituallas. Teníamos contacto con supervivientes. Los argelinos les habían brindado una primera acogida correcta. Inmediatamente, les mandaron volver sobre sus pasos para entrar de nuevo en territorio marroquí. Habían padecido el fuego cruzado entre fuerzas de uno y otro lado de la frontera. Hambrientos y sedientos, heridos algunos en los episodios de Ceuta y Melilla, erraron por el desierto. Algunos murieron. Sabemos de hasta cuatro con nombres y apellidos, y de una docena con seudónimos. Y los simplemente desaparecidos eran muy numerosos. Los supervivientes enterraron a los que pudieron, incluso cubriendo sus cadáveres con guijarros. Hubo quien llegó lejos. Las familias marroquíes a las que pedían auxilio les proporcionaban algunos víveres. Pero todo el mundo rehusaba darles cobijo, por miedo a la Gendarmería Real. Helena[3] estaba en contacto telefónico con un puñado de ellos y con familiares y amigos de muchos más (desde el mismo Marruecos o desde otros países). Me quedó grabada la frase que luego quedó recogida en un titular de prensa: "Háblame para que siga caminando". Teníamos que dar con supervivientes dispersos, proporcionarles alimento, entrevistar especialmente a demandantes de asilo, fotografiar cadáveres y enterramientos. En fin, se trataba de ampliar el campo de información sobre una carnicería en toda regla, y de recabar elementos para que no resultara impune».

2. Reproducimos algunos párrafos testimoniales elaborados por Pep Buades tras su regreso. Un contenido, mucho más extenso y amplio se puede encontrar en el foro Ignacio Ellacuría: <http://www.centroellacuria.org>, Centro Social dirigido por los jesuitas en Bilbao.
3. Es miembro de «S.O.S Racismo» y una de las participantes en el grupo de seguimiento.

II

«Emprendimos la marcha el sábado 8 de octubre, hacia las tres de la tarde. Helena decidió que no pararíamos a pernoctar: conduciríamos por turnos hasta llegar a destino. Bajamos por la autopista de Tánger a Rabat, hasta Alcazarquivir. Tomamos una carretera nacional que atraviesa Mequinez y Azrou en el llano, el Medio Atlas, la ciudad de Midelt sobre una meseta y el Alto Atlas, hasta llegar a la ciudad de Errachidía, en el valle del Ziz, y a las puertas del desierto. Nos preocupaba encontrar controles de carretera, posibles impedimentos para nuestra misión. Dimos con dos de ellos, pero pasamos fácilmente por turistas. Helena hablaba con supervivientes de la deportación dispersos por la zona a la que nos dirigíamos. Pero al caer la noche, empezó a recibir nuevas llamadas. Le avisaban que en Tánger y Tetuán se había formado un convoy de deportación, con dos autobuses, y que viajaban hacia el sur. Otros le dieron aviso de otro convoy formado en Uxda, que se dirigía también hacia el sur. Estas noticias nos alarmaron, porque implicaban que otros inmigrantes iban a ser abandonados en algún punto de la frontera con Argelia o Mauritania, en pleno desierto. Era imprescindible seguirles la pista. De ahí que nos esmeráramos en pedirles información sobre los lugares que pasaban. Parecía increíble que los gendarmes no les hubieran requisado los móviles. De vez en cuando, les llamábamos, anotábamos sus indicaciones y las situábamos sobre el mapa de Marruecos. Ambos convoyes se dirigían hacia el sur por rutas paralelas: la autopista de Tánger a Kenitra y Rabat, y la carretera de Uxda a Figuig y Bouarfa (que discurre paralela a la frontera con Argelia).

»Las jornadas del domingo y del lunes se resumieron en dos verbos: seguir e informar. Seguimos el rastro de los tres convoyes. Y alertamos a la opinión pública internacional. Durante la primera mañana, íbamos a la zaga de los dos convoyes que habíamos visto personalmente. Pero los rebasamos a mediodía (sin advertirlo) y decidimos concentrar nuestros esfuerzos en ir en pos del tercero. Aquél bajaba claramente al Sahara Occidental. En él viajaban mujeres y niños, amén de demandantes de asilo... Total: se trataba del grupo más vulnerable. No siempre era fácil establecer su posición. Y cuanto más avanzaba el tiempo, tanto más errático se mostraba su recorrido. Esto tiene relación con nuestra campaña de información.

»El lunes 10 de octubre, a media tarde, habíamos alcanzado Dajla (la antigua Villa Cisneros). El desierto se hacía cada vez más trágicamente bello, y las vistas del Atlántico sobre los acantilados se revela-

ban llenas de majestad. Pero los gritos de angustia de los deportados resonaban sobre este escenario y nos devolvían al dramatismo de nuestra misión. Los alcanzamos en una bifurcación: parecía que no iban a entrar en Dajla, sino que estaban preparados para bajar a Mauritania por la carretera litoral o adentrarse en el desierto por alguna pista. El control de la bifurcación nos permitió dejarnos ver por los ocupantes de los autocares. Helena fue reconocida: ¡cuánta esperanza y alegría...! Se notaba en rostros y en conversaciones. Al cabo de un tiempo, los autocares cambiaron de carretera. Entonces se vio que iban a pernoctar en Dajla. Por otra parte, los demás convoyes, los que habíamos rebasado, se concentraron en Guelmim. Otros estaban pendientes de ellos. Sólo unos pocos autobuses habían ido adelante, y se habían consumado los abandonos criminales».

III

«Es preciso seguir vigilantes y saber mirar a África. Las rutas migratorias merecen ser conocidas. Es menester conocer a fondo las historias vitales de quienes gastan meses y años de su vida en atravesar estepas, desiertos, alambradas y mares para alcanzar Europa. Una vez entre nosotros, tienen que pasar por el purgatorio de la falta de autorización para residir y trabajar, por la calificación de "clandestinos", "sin papeles", "irregulares" o "ilegales".

»Es curioso. Mi trabajo ordinario se centra en la integración social, en la construcción de una sociedad plural en la que la población inmigrante sea copartícipe de pleno derecho. Hace años que no tengo nada que ver con a la primera acogida, como cuando me dedicaba a la asesoría jurídica. Ahora se me ha dado la oportunidad de ir más adentro: a combatir políticas criminales de control de flujos en un país de tránsito. Es importante hacerse cargo de lo que dejan atrás quienes tienen que luchar ya por un puesto más firme y participativo en la sociedad. Y para todo el mundo es importante ampliar el campo de la mirada y darle densidad, volumen, profundidad: y esto se educa en la contemplación activa».

castilla JESUITAS
Avda Moncloa, 6 / 28003 MADRID
Tlf. 915 344 810 / Fax. 915 358 243
E-mail: socialcas@jesuitas.es

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

Mª DOLORES LÓPEZ GUZMÁN

Donde la maternidad se vuelve canto.

Apuntes para una teología de la maternidad

232 págs.
P.V.P.: 11,50 €

La reflexión teológica apenas se ha ocupado de la experiencia de la maternidad, en la que, sin embargo, Dios se muestra especialmente elocuente. Ése es el objetivo logrado de la autora, que al mismo tiempo evita hacer una exaltación de la madre o de la mujer. Pretende más bien llamar la atención sobre la asombrosa cercanía de Dios a la humanidad, expresada de modo singular en ellas y realizada de forma extraordinariamente radical en María. Un lugar hacia el que todos podemos dirigir la mirada para descubrir el corazón materno de todo cristiano, de la Iglesia y del mismo Dios.

ST 94 (2006) 55-67

DIÁLOGOS URGENTES

1. ¿Qué es diálogo? Veinte tesis para comenzar a dialogar

F. Javier DE LA TORRE DÍAZ*

Más allá de la ingenuidad. Los mercaderes del diálogo

En estos tiempos de confrontación y concentración de poder, los retóricos y los sofistas, que son legión entre las elites de nuestras instituciones políticas y económicas, suelen tener un vocabulario muy limitado, fruto de su pobre concepción del mundo. Lo predominante para ellos son la eficacia, la rentabilidad, el interés siempre mensurable, comparable y siempre aditivo. Entre sus escasos vocablos, cuentan con una serie de palabras mágicas como «democracia», «tolerancia», «libertad», «respeto» e «igualdad» que, a pesar del inmenso valor que contienen y el dolor y sangre que ha supuesto su conquista a lo largo de la historia, son utilizadas como instrumentos para sus intereses. En el cenit de tal olimpo intelectual descuella una palabra: *diálogo.* Estos «profesionales del diálogo» son los más opuestos defensores de un verdadero diálogo en nuestra sociedad

Nuestro mundo liberal parece no tener una forma de discernir entre los desacuerdos de grupos en conflicto. Los debates son necesariamente infructuosos e interminables, y la persuasión no racional (retó-

* Doctor en Derecho. Licenciado en Filosofía y Teología. Profesor de Teología. Universidad Pontificia Comillas. Madrid. <jtorre@teo.upcomillas.es>.

rica) sustituye a la argumentación racional. Los juicios de valor parecen ser sólo expresiones de intereses y sentimientos.

Pero no hay que preocuparse en exceso. Siempre han existido sofistas y retóricos; siempre ha habido diálogos ficticios, monólogos artificiales, diálogos fingidos y mascaradas. Entonces, ¿qué es un verdadero diálogo?

Definir un concepto que rompe los límites

Etimológicamente, «diálogo» significa atravesar y horadar un muro. Por eso es, ante todo, negación de las murallas, franqueamiento de las opacidades, abolición de las distancias. Implica a la vez distancia y atravesar el espacio que separa a través del lenguaje, del *logos*.

La palabra «diálogo» procede de *dia* y *logos*. «Dia», prefijo griego, significa «a través de». Es, por tanto, un a través de palabras. «Dia» contiene tanto la idea de separación como la de franquear el paso, superar la distancia y el obstáculo. «Dia» es la actividad esencial que desgarra, divide, atraviesa, derriba.

La dialéctica del diálogo: cercanía y distancia

El diálogo es una marea de idas y venidas, preguntas y respuestas, afirmación y negación, tesis y antítesis. El diálogo supone dos movimientos: distancia y relación, aislamiento y confluencia, conexión y límites, autonomía e interacción, compromiso y reflexión, identidad y diferencia, comprensión y explicación.

Las preguntas, sobre todo si son últimas, radicales y urgentes, dan lugar a una profunda comunicación. Las preguntas anhelan dialogar entre silencios y palabras, entre la intimidad y la confidencia, el secreto y la confesión, las salidas y los regresos.

Más allá de dogmatismos y relativismos. El dinamismo del diálogo

Ya desde Sócrates y Platón, el diálogo caminó entre las posturas dogmáticas de quienes pretendían tener toda la verdad y el relativismo de los sofistas, con sus opiniones subjetivas y creencias convencionales. El arte del diálogo, hacerse dialogantes, supone negar que poseemos

toda la verdad y que no tenemos ninguna verdad. Tenemos alguna verdad. Pero esa verdad parcial que poseemos tenemos que exponerla ante el otro, abrirla al encuentro con la verdad del otro. Por eso el diálogo es aprender ese raro arte de poder no tener la razón[1], implica sinceridad para reconocer los propios errores y defectos, apertura, autocrítica, poner a prueba las propias convicciones[2]. El diálogo siempre expone su verdad provisional para poder alcanzar otra más amplia.

El diálogo nos lleva más allá de nuestras fronteras y horizontes y nos conduce a tierras nuevas, nos ayuda a superar nuestras limitaciones y a crear un orden menos limitado no sólo de ideas (Hegel), sino de condiciones materiales-laborales (Marx). Diálogo, por tanto, es abrir horizontes y romper límites, es abatir y luchar contra la limitación. Nuestro saber es provisional, temporal, mundano y sujeto a precomprensiones, pero no deja de aspirar y caminar hacia la totalidad y la plenitud. Por eso, el diálogo nunca se acaba, es eterno, siempre está renaciendo, reformulándose, ampliándose. Este esencial dinamismo le lleva a no reconocer ningún *statu quo* (político o social) como intocable, ninguna seguridad como paz.

La voluntad de dialogar. Rectitud, veracidad y coherencia

No hay que ser ingenuos. El diálogo es una enfermedad muy rara y poco frecuente. No quieren dialogar el liberalismo ni la modernidad. Lo secular no quiere dialogar con lo religioso, y lo religioso tiene dificultades para dialogar con lo secular. No hay demasiados diálogos de Oriente con Occidente, del Islam con el Cristianismo, del Norte con el Sur. Muchos diálogos están encasquillados. Más allá de la retórica, lo más evidente hoy es la negación, la ruptura y el fracaso del diálogo.

Un a priori del diálogo es la voluntad de entenderse, querer entender al otro, querer entender la realidad. Esa voluntad no siempre es clara y sincera. Se requiere una cierta ascética para dialogar, para ser sincero y recto. Esta actitud implica, en concreto:

---

1. DOMINGO MORATALLA, A., *El arte de poder no tener razón. La hermenéutica dialógica de H.G. Gadamer,* Universidad Pontificia Salamanca, Salamanca 1991.
2. *Protágoras,* 348a.

- Querer aportar la información que tenemos y que es necesaria.
- Expresar las ideas, sentimientos y argumentos que tengan que ver con lo que se habla.
- No tratar otros temas o irse por las ramas.
- Reflejar y no deformar u oscurecer lo que sentimos.
- No tener la intención de mentir, engañar o confundir sobre el tema.
- No poner la palabra al servicio de la subjetividad o la utilidad (retórica).
- Evitar las dobles intenciones y las pretensiones ocultas, para dialogar confiadamente.
- Coherencia entre lo dicho anteriormente y lo que ahora decimos.
- Coherencia entre las palabras y el lenguaje no-verbal (comportamiento).

Diálogo: comunicación y verdad

La verdad se descubre en el diálogo, está inseparablemente unida a la comunicación. El movimiento de la comunicación es conservar y buscar-ampliar la verdad. El hombre posee la verdad sólo como *viator*. No la poseemos absolutamente. No estamos instalados inmediatamente en la verdad. Vivimos en la temporalidad. La verdad es nuestra tarea. La comunicación nos hace trascender en el tiempo la verdad parcial que se nos da hacia la verdad total que nos sobrepasa[3].

Hay una posibilidad de verdad en el hombre. Por eso pregunta, responde y busca. El hombre tiene una vocación de «conservar y buscar» la verdad. Verdad en la que habita y verdad que amplía y profundiza en su contacto con la realidad. El diálogo presupone una «voluntad de verdad», un deseo de buscarla; conlleva que el contenido de lo que decimos es verdadero, es decir, que expresamos hechos y experiencias verdaderas que ocurren en realidad.

Por eso el diálogo es lo opuesto al consenso o los pactos que sólo buscan el acuerdo sin preocuparse por la verdad. Para el consenso lo importante es la transacción, acabar la negociación, más que una vo-

3. JASPERS, K., *Von der Wahrheit,* Piper, München 1947.

luntad de verdad y justicia. El diálogo está en las antípodas de la racionalidad estratégica, las transacciones y el mercadeo del *do ut des,* que considera el diálogo y a los interlocutores como un mero medio para sus fines.

Diálogo de libertades y en libertad. Comunicación libre sin coacciones

La comunicación que busca la verdad exige un diálogo sin violencia, conflicto y coacción El diálogo presupone evitar los conflictos interpersonales; controlar las emociones que puedan herir o hacer daño; evitar comportamientos que pretendan simplemente llamar la atención o convertirse en el centro de la discusión; renunciar a respuestas agresivas o polémicas innecesarias; suprimir animadversiones inútiles...

El diálogo se caracteriza por excluir toda presión, dominio, amenaza, promesa, recompensa... para alcanzar un resultado. El diálogo conlleva, en la medida de lo posible, la participación de todos los afectados en un plano de igualdad[4]. Esto supone un respeto mutuo y evitar toda prepotencia, autoritarismo o coerción. La libertad es la condición de la moralidad, y nada impuesto es moral ni bueno. Por eso la libertad de expresión y de pensamiento son esenciales en el diálogo que busca.

Diálogo desde el compromiso con una tradición: fidelidad y compromiso

No es posible dudar de todo. No cabe hacer *tabula rasa* de todo nuestro pasado. No hay un lugar imparcial desde el cual podamos contemplar el mundo. El diálogo no es algo turístico, de espectadores desenraizados, viajes al extranjero o juegos mentales.

Todos estamos situados, encarnados en un lugar y una comunidad, en una historia y una tradición. El diálogo es reconocerse instalado y comprometido en una perspectiva, en unas creencias, para desde ahí mezclarse y diluirse. Sólo dialogan en un profundo sentido los sujetos

4. HABERMAS, J., *Conciencia moral y acción comunicativa,* Península, Barcelona 1996.

que creen en algo, que defienden algo, que buscan, conservan y exponen una verdad. Sólo dialogan los que tienen algo que perder[5].

Dialogar es participar y no observar; es depender y defender una tradición y no independizarse de un contexto; es comprometerse con unos valores y no vivir en la neutralidad axiológica. Por eso el diálogo no significa poner entre paréntesis (no es una *epoche*), sino una búsqueda de la verdad desde la integridad y la coherencia. Por eso el diálogo es lo opuesto a la duda metódica o la reserva mental. En toda creencia hay ciertas convicciones no negociables, ciertos principios incuestionables, que expresan su identidad central. No hay cristianismo sin Trinidad, ni islam sin Corán, ni liberalismo sin primacía de la libertad.

Por eso el diálogo no se basa en una mercancía que se pueda intercambiar. La integridad prohíbe cualquier compromiso o reducción, pacto o mezcla ecléctica. Esconder las diferencias y las posibles contradicciones sería un fraude que terminaría privando al diálogo de su objeto. No se trata de evitar las diferencias y contradicciones ni de intentar lograr la simpatía del interlocutor. Es tomar en serio el pluralismo y las diferencias desde el compromiso con la verdad y la propia tradición.

La erótica del diálogo. Deseos de integración, de globalidad, unidad

El espíritu del diálogo es un deseo o *eros* que busca, explora y pregunta, porque se siente necesitado del otro y limitado. El diálogo expresa el deseo de infinito, de apertura, de búsqueda, de integración última de la persona. Tiene una vocación de integración y superación de las diferencias, de fusión de horizontes.

Esto supone un nuevo *cogito:* en el principio fue el diálogo y la relación. Casi todos los hombres desean habitar en los pronombres, en la relación, en la vida de la trinidad, en la fusión con el amado. La relación es el origen y el principio. La esencia de cada uno toca la de otro. Vivimos en relación con la naturaleza, con los otros hombres y con lo

5. MacIntyre, A., *Whose Justice? Which Rationality?,* Duckworth, London 1988 (traducido al castellado por Alejo J. Sison: *Justicia y Racionalidad,* EIUNSA, Barcelona, 1994).

divino. Tenemos el corazón religado a esas relaciones originarias de amor y de origen, pero también de destino y de finalidad. Nazco de otros y crezco con otros, pues el otro es parte de mí mismo. Por eso el diálogo es vocación humana, deseo radicalmente humano.

La posibilidad del diálogo. La traducibilidad parcial

El diálogo parece haberse convertido hoy en una palabra mágica para casi todo: diálogo de culturas, diálogo de pareja, diálogo Norte-Sur, diálogo en la empresa, diálogo en el cine, diálogo filosófico, diálogo didáctico (entre maestro y discípulo), etc.

Pero ¿es posible el diálogo? Ni todos los fenómenos son potencialmente traslúcidos, ni todos los textos y palabras son traducibles automáticamente. Si los diálogos fueran fáciles y la traducibilidad total, no podríamos pensar concepciones alternativas, y el mundo sería muy uniforme y limitado. Que de golpe no podamos entender al otro, implica hablar de procesos de diálogo, de tiempo, de riquezas desconocidas. Pero entre la imposibilidad del diálogo y la traducibilidad total tenemos que reconocer que por encima de todas las culturas y todas las personas hay unos mínimos lógico-racionales y morales que permiten entendernos (no contradicción, coherencia, valores básicos, etc.). Ya en Grecia se pensaba que el dios Hermes repartía por igual sentido moral y justicia entre todos los humanos «para que hubiera orden en las ciudades y ligaduras acordes a la amistad»[6]. Esto permitía convivir en la plaza pública, fundaba la democracia y construía la ciudad. La razón moral y la justicia repartida entre todos hacían posible esos «mínimos» para vivir en la ciudad.

Diálogo de personas: el tú como presencia y gracia

El diálogo no es comparación de ideas, sino encuentro de personas. Pero esas personas llevan detrás sus comunidades, su tradición y su historia cuando hablan. Cuando se encuentran dos personas, se encuentran dos mundos, dos historias, dos galaxias en un universo que se autoexpande.

6. *Protágoras,* 322c.

El diálogo reconoce que nos construimos a través de la mediación de los otros, del espejo de los otros. No hay autodesarrollo ni autorrealización completos. Pero no se trata de ver al otro como simple análogo, proyección, otro-yo. El diálogo considera la diferencia o alteridad como riqueza, a la vez que esa apertura al otro diferente e irreductible revela nuestro yo y cuestiona nuestra suficiencia.

Buber[7] nos enseñó cómo el *tú* aparece como una presencia inmediata, una totalidad, alguien irreductible. El diálogo, por eso, está abierto a la sorpresa y a la gracia del presente más allá de las proyecciones y neurosis del pasado. No sabemos adónde nos lleva; es inesperado, no programado, sorprendente, imprevisible.

Las formas son también el fondo y el mensaje: organización y procedimiento

El diálogo es una actividad moral. Es importante cuidar las formas. El diálogo respeta la libertad de cada uno, evita discriminaciones, se desarrolla gradualmente, busca la claridad y la mansedumbre, se realiza en un clima de amistad y confianza, excluye toda condenación a priori, polémica o conversación inútil, requiere ausencia de tácticas, capacidad de escucha y recepción, comprensión del otro, disponibilidad al aprendizaje, pasión por la verdad, paciencia ante la lentitud o falta de resultados, ánimo ante los múltiples condicionamientos de culturas y lenguas ajenas, conciencia de la disimetría de los planteamientos en el diálogo, apertura, hablar con simplicidad y franqueza, desinterés sincero que acoge con respeto el sentimiento de los otros.

El diálogo implica una cierta organización externa: quién participa; número de participantes (no es posible un diálogo a fondo con muchos); en qué grado; quién inicia o zanja una discusión; cuál es el orden y la frecuencia de expresión o de intervención; la continuación del diálogo; tipo de tema que se discute; orden de contenidos y aparición de los temas; precisión; relaciones; temas que no se pueden tratar... Es necesaria una cuidadosa planificación, atender a las sensibilidades de los otros, evitar que algún grupo controle el encuentro, seleccionar bien a los participantes, utilizar una terminología compartida por to-

7. BUBER, M., *Yo y tú,* Nueva Visión, Buenos Aires 1984.

dos, previsión y seguimiento de las consecuencias que se hayan de seguir del intercambio, etc.

Búsqueda común

El diálogo excluye la competitividad o la búsqueda de prestigio, pues implica una búsqueda fraternal. El diálogo se establece porque se busca algo que es de interés, algo valioso para todos los participantes.

Dialogar tras la modernidad en la era «glo-cal»

Muchos de los problemas del diálogo son fruto de encontrarnos personas que estamos viviendo en diversos paradigmas, cosmovisiones, contextos, horizontes, tradiciones. No todos vivimos a la altura de los tiempos. Sigue habiendo ilustrados, modernos, medievales, románticos[8]. Por eso, a pesar de tanta información en la aldea global, hay que reconocer que se dan pocos entrecruzamientos hondos, y seguimos viviendo en un provincialismo bastante estrecho, en mundos raquíticos y muy sedentarios, en paradigmas y tradiciones diversas.

Pero hoy, tras el derribo del muro de Berlín, el cambio climático, la clonación, la informática e Internet, la genética, el 11-S y el 11-M, a la vez que hay que aprender a dialogar entre diversos paradigmas, es necesario dialogar urgentemente para construir un nuevo paradigma para nuestra casa común, la tierra. Hoy estamos tomando conciencia de que «todo va unido»: cosmos, naturaleza, hombre. Estamos entre lo global y lo local (glo-cal), entre el *world* y el *home,* entre la sociedad y la comunidad, el cosmos y la patria[9].

Diálogos a ras de tierra: sensibilidad a los contextos y problemas sociales

Necesitamos diálogos concretos y no abstractos. El diálogo presupone formar una sensibilidad para percibir los problemas y conflictos mora-

8. KÜNG, H., *Teología para la postmodernidad,* Alianza, Madrid 1989.
9. NUSSBAUM, M., «Patriotismo y cosmopolitismo», en (Nussbaum, M. [ed.]) *Los límites del patriotismo,* Paidós, Barcelona 1999, pp. 13-29.

les, la importancia vital de los hechos morales, las circunstancias que hay en juego, las personas y relaciones afectadas y las responsabilidades de las personas. El diálogo conlleva ser consciente de los intereses, sentimientos, valores, razones, opiniones, puntos de vista, condiciones y consecuencias de una situación. El diálogo supone cercanía a los modos de vida, a las prácticas y a los contextos. No es una ciencia, sino prudencia y atención a lo concreto, conocimiento probable, inacabado, que no desemboca en una esencia.

El diálogo presupone un cierto autoconocimiento, el cual, a su vez, supone ser consciente de lo que uno piensa, siente y actúa, así como de los propios límites, los obstáculos y las dificultades, junto con una cierta habilidad para el conocimiento de los demás, de su punto de vista, observándolos, escuchándolos, imaginando sus sentimientos, evitando juicios, comprendiendo desde dentro sin distorsionar.

Dimensión racional y lingüística

El diálogo es un intercambio verbal basado en una cierta confianza en la razón. Por eso presupone un querer entenderse y un querer solucionar los problemas con los otros, un intercambio de ideas y el análisis critico de las razones de los otros. El diálogo se aprende dialogando y elaborando las experiencias que se van teniendo, escuchando los puntos de vista y las razones del otro hasta entenderlos. Muchas veces tendré que pedir que los repitan o los amplíen si no los comprendo. Supone una escucha que pasa por alto los defectos expresivos o argumentativos del otro para fijarse solamente en lo que se quiere expresar. El diálogo se caracteriza por considerar despacio lo que dice el otro, hacer pausas, deliberar y no responder inmediatamente de forma compulsiva.

El diálogo presupone querer ser inteligible. Para ello es necesario, muchas veces, aclarar los significados y conceptos, formalizar bien los enunciados, explicitar los presupuestos del lenguaje ordinario, respetar las reglas del lenguaje, renunciar a los lenguajes privados, observar una corrección sintáctica, dominar la lengua que se emplea, utilizar una sintaxis adecuada, no expresar oraciones ininteligibles, no hablar sin saber, expresar los contenidos de forma clara y ordenada, no alargarse demasiado innecesariamente, aprender las estructuras del lenguaje, atender a los contextos de actuación y comprender la finalidad práctica de las palabras.

Tipos y sujetos de diálogo

Es importante descubrir que los diálogos varían según las personas que los sostengan (intelectuales, políticos, científicos, clérigos, etc.), según el lenguaje que predomine (argumentativo, testimonial, intuitivo, confesional, práctico, etc.), según la finalidad que se tenga (colaboración, coexistencia, comprensión, comunicación) y según el horizonte en el que se establezca (mundial, nacional, comunidad, grupo, iglesia...). Hay diferencias entre los diálogos locales e internacionales, bilaterales y multilaterales, restringidos y ampliados, espontáneos y estructurados, etc. Estos distintos tipos condicionan el lenguaje, el tiempo, las estructuras y las actitudes del diálogo[10].

Espiritualidad del diálogo

En un contexto de injusticia y de violación de derechos humanos, el diálogo significa impotencia y vulnerabilidad. Desde una posición de fuerza sólo se puede negociar. Desde una posición de debilidad, uno puede comunicar verdaderamente la propia confianza en el otro. Esta confianza es aún más real cuando se entrevé la posibilidad de ser traicionado. Dialogar significa, en este caso, abrir el propio corazón y expresar el propio pensamiento con ánimo y respeto[11]. Pero, como ha demostrado la experiencia, la impotencia y la vulnerabilidad son las que han logrado muchas veces la reconciliación y la paz entre individuos, familias y comunidades. Es la fuerza de los pacíficos, de quienes aceptan con humildad que nadie agota la experiencia humana, que somos simples ventanas abiertas al todo, más allá de todo cronocentrismo y etnocentrismo.

El proceso del diálogo

De manera sintética, podemos esquematizar este proceso en las siguientes fases[12]:

---

10. BASSET, J.B., *El diálogo interreligioso,* Desclée de Brouwer, Bilbao 1999, pp. 314-331.
11. MASSON, J., «L'esprit de dialogue»: *Studia Missionalia* 15 (1966) 139.
12. He desarrollado más ampliamente este proceso en varios lugares: DE LA TORRE,

* *Entrar en la experiencia del otro.* La apertura al otro en su diferencia supone entrar en la experiencia del otro, captarla desde dentro, un esfuerzo de comprensión y empatía, meterse en su piel, ver el mundo como el otro, plantearse sus cuestiones.
* *Diferentes preguntas y perspectivas culturales.* Hay que comprender que no hay respuestas diferentes a las mismas preguntas, sino cuestiones diferentes desde perspectivas, culturas, cosmovisiones diferentes. Se trata de observar el mundo a la luz de las preguntas del otro.
* *Diferentes conceptos.* Puesto que cada tradición es un todo no aislable fácilmente en diversos elementos, tenemos que comprender que no hay equivalencia estricta entre los conceptos básicos de cada tradición. Todos los conceptos están vinculados a una cosmovisión particular, que difícilmente puede expresarse y ser formulada en otra tradición.
* *Reconocer el pluralismo.* El auténtico diálogo no reducirá al otro a una análogo del yo o a una parte del yo. Hay que reconocer beneficios complementarios, adicionales y autónomos, y la necesidad de percibir más claramente la verdad.
* *Discernimiento.* Discernir los elementos que pueden ser combinados e integrados y sirven para enriquecernos y esos otros elementos que no pueden asimilarse, pues contradicen frontalmente nuestra identidad.
* *Aprendizaje de la cultura del otro y reinterpretación de la propia cultura.* El aprendizaje de la cultura y el lenguaje del otro posibilitará una reinterpretación de la creencia propia en un marco cultural distinto (inculturación). Esta comprensión del otro llevará, casi inevitablemente, a reformular lo propio, a descubrir limitaciones y errores en la propia tradición, desafíos e incoherencias. Hay que estar dispuestos a recibir de los otros valores positivos, a revisar y purificar las propias ideas y opciones.

F.J., *Derribar fronteras. Ética mundial y diálogo interreligioso,* Desclée de Brouwer – U.P.Comillas, Bilbao/Madrid 2004; ID., *El modelo de diálogo intercultural en Alasdair MacIntyre,* Dykinson, Madrid 2001; ID., «De la integración al diálogo», en MILÁNS, I. – MADRAZO, E. – DE LA TORRE, F.J., *Migraciones y desarrollo humano,* Dykinson, Madrid 2003.

* *Crisis epistemológica y existencial.* Este proceso normalmente provocará incertidumbres, inseguridades, miedos y dudas que conducirán a una profunda crisis epistemológica y existencial, pero que abrirán a nuevas dimensiones.

Los frutos del diálogo: profundización y purificación

El diálogo produce una complementariedad de las tradiciones incompletas; descubre complementariedades recíprocas (la verdad tiene dos ojos); produce una corrección, una «transformación mutua», una «fecundación cruzada», una renovación de las tradiciones limitadas que rompe las identidades estáticas[13]. Fruto de esa transformación-corrección-fecundación se produce una «autocomprensión más profunda» de la propia tradición y la propia identidad. Se gana en un «enriquecimiento» de lo propio, en una mayor «profundización». Esta «purificación» se produce al tener que revisar los supuestos gratuitos, destruir los prejuicios arraigados o las concepciones estrechas. Por eso el diálogo no pretende convencer al interlocutor, sino un acercamiento más profundo de los dos a la verdad siempre mayor y siempre nueva.

13. Muy sugerentes son las aportaciones en este punto de dos obras de R. PANIKKAR: *El diálogo indispensable* (Península, Barcelona 2003) y *Sobre el diálogo intercultural* (San Esteban, Salamanca 1990).

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

AMEDEO CENCINI

Virginidad y celibato, hoy.

Por una sexualidad pascual

232 págs.

P.V.P.: 14,00 €

Este libro, instrumento precioso para la formación, inicial y permanente, de la vida religiosa ha sido escrito con el estilo de la comunicación inmediata, fácil, rápida, llena de ejemplos, de referencias sugerentes, con un punto de ironía desmitificadora... características que ponen de manifiesto la destreza de su autor, auténtico maestro en el arte de la formación espiritual. El resultado es un libro ágil y directo que expone cómo la virginidad manifiesta la presencia eficaz de Dios en el corazón colmándolo de vida divina, transformada en amor a los hermanos y hermanas, a todos y a todo.

ST 94 (2006) 69-78

LOS LIBROS

Recensiones

CASTRO, S., *El sorprendente Jesús de Marcos. El evangelio de Marcos por dentro,* Universidad P. Comillas / DDB, Bilbao 2005, 508 pp.

Secundino Castro, profesor de Exégesis bíblica y Teología espiritual en la Universidad P. Comillas (Madrid), nos ofrece en este estudio nuevo sobre el evangelio de Marcos (hace unos años hizo lo propio con el evangelio de Juan) una visión liberadora y llena de aire fresco de la figura de Jesús. Una de las claves hermenéuticas que recorren toda la obra se nos revela en la extraordinaria capacidad del autor para hacernos ver la dimensión profunda de la letra exterior. Junto a la narración externa y la pura facticidad de los hechos que nos cuenta Marcos, hay siempre, insiste el autor, un segundo nivel de lectura, la del «simbolismo que corre debajo», la lectura profunda, no menos auténtica, y sí complementaria de la primera, a la par que encantadoramente actual.

Partiendo de «lo nuevo» que irrumpe con Jesús, Marcos desmonta la vieja casa de Israel y construye una «nueva casa» abierta, habitada por Jesús y sus discípulos. La nueva comunidad comparte la mesa (una mesa de iguales), se siente libre y vive alegre. Pronto crece la irradiación de Jesús, y se va formando una nueva familia en la que lo importante será la praxis vivida (las parábolas y el Reino): sin dicha praxis, el evangelio permanece incomprendido. La «hija de Jairo» simboliza esa nueva comunidad cristiana, en la que Jesús se convierte en el auténtico alimento («multiplicación de los panes»).

El evangelio que se vive en esa comunidad es una realidad abierta, que lleva a la ruptura de todas las fronteras del viejo judaísmo. Pero lo «nuevo» de Jesús también hace entrar en crisis a sus propios discípulos (y así, al fondo, se comienza a vislumbrar ya la cruz). Dicha crisis se ilumina a la luz de la transfiguración. Será la irrupción de lo «nuevo», junto con la fascinación que provoca, lo que empuje a la radicalidad del seguimiento: un seguimiento en el que el servicio es la máxima dignidad; donde ninguna forma de

tener, poder o placer puede ser un absoluto, pues el único absoluto será el nuevo «señorío» de Jesús; y donde el mandato central será el del amor... Una viuda pobre brilla aquí como el mejor icono del evangelio.

Pero pronto, irá en aumento el rechazo experimentado por Jesús, rechazo simbolizado por Jerusalén. Viene entonces Getsemaní, la crisis generalizada de los discípulos... Y con la última cena preparará Jesús a los suyos para el trago final. Y entonces viene la cruz, y sus testigos (los soldados, las mujeres...), y todo el abanico de actitudes que simbolizan. Aun con todo, en medio de esa noche, a Jesús no le faltó la lumbre del calor y el amor humanos. Todo terminará, casi *ex abrupto,* y en final abierto, con el crucificado-resucitado. Y el grito final de Jesús, que es el «llanto del niño que nace» a la vida. Después sólo queda el silencio y la fe.

Todo esto es (aquí apenas esbozado) lo que el lector se encontrará en este riguroso y palpitante estudio sobre Marcos, donde el protagonista, Jesús, es lo más sorprendente de todo. Un aire fresco de liberación acompaña las palabras y los pasos de este hombre. A su paso, los miedos desaparecen, y los hombres se descubren libres y experimentan una nueva alegría. Lo festivo parece inundarlo todo. Éste parece ser, en resumidas cuentas, el proyecto existencial de Marcos, que de una manera tan magistral y sugerente, tan estimulante, ha conseguido desentrañar y contarnos Secundino Castro. Un proyecto existencial que nos cuenta el camino de los discípulos de entonces... Y que en realidad sigue siendo el mismo camino de los discípulos de hoy. El que tenemos que hacer nosotros. Marcos, hoy como entonces, consigue así hacer añicos nuestra vieja y caduca visión de las cosas y del mundo. Pero es sólo para que surja lo «nuevo». Porque el evangelio (leído siempre en clave de empatía) no busca otra cosa (hoy como entonces) que transformar las vidas de sus lectores.

Juan Antonio Marcos

BERZOSA, Raúl, *Una lectura creyente de Atapuerca. La fe cristiana ante las teorías de la evolución,* DDB, Bilbao 2005, 230 pp.

Como creyente interesado por los temas relacionados con la problemática entre fe y ciencia, sucumbí con agrado a la tentación de leer este libro de Raúl Berzosa. Confieso que no me ha defraudado su contenido, y creo que lo mismo les sucederá a quienes con idéntico interés decidan leerlo.

Sin duda que es un tema de actualidad entre muchos cristianos. Ya Juan Pablo II nos obsequió con su encíclica sobre el particular, y es conocida la afición de Benedicto XVI a dialogar con intelectuales no creyentes. Bella estampa, sin duda, de quienes –sin fundamentalismos de ningún signo, ni de creyente ni de ateo–

ponen sobre la mesa los fundamentos de su fe el uno, los de su increencia el otro, pero con respeto mutuo. Éste es también el estilo que he encontrado en el libro de Berzosa.

«Sin apologías fáciles ni confrontaciones estériles y puntillosas», la apuesta del autor es el diálogo entre fe cristiana y ciencia, superando biologismos cientifistas y tratando de crear vínculos entre ciencia empírica, filosofía y teología que respeten el estatuto epistemológico propio de cada una de ellas.

La obra recoge y analiza no sólo los problemas entre evolución y fe, como sugiere el título del libro, sino también, y con bastante amplitud, los relativos al origen del universo, si bien dedica mayor extensión, como es lógico, al primero. Pero citando en ambos casos abundantes y muy certeros juicios de destacadas personalidades del mundo de la ciencia, de la filosofía y de la teología. Todo un acierto en la elección.

La superación de lo religioso por la que abogan las últimas interpretaciones de los descubrimientos prehistóricos de Atapuerca constituyen el punto de partida de su reflexión. El mismo autor, en una obra anterior (*Otra lectura de Atapuerca,* 2003), ya había apuntado la necesidad de abrir nuevas vías de diálogo entre fe y ciencia, donde la fe cristiana puede iluminar sin complejos el misterio del origen del hombre y aportar claves sobre su sentido y sobre el futuro de la humanidad. «Fe y ciencia no se pueden separar ni ignorar. Ambas se necesitan». Los «errores de intromisión» de unos campos en otros no sólo los ha cometido la Iglesia, sino que también los científicos, bajo apariencia de rigor, se aventuran a realizar en numerosas ocasiones afirmaciones que van más allá de su competencia y que serían propias de la filosofía de la ciencia y, por tanto, constituirían hipótesis opinables. El problema no es que se hagan, sino la pretensión de hacerlas pasar por formulaciones científicas, sin serlo. Del mismo modo que es importante captar las contradicciones en que se incurre. Salvador de Madariaga criticaba la incoherencia que él descubría en el pensamiento de Jacques Monod, quien en su famoso libro *El Azar y la Necesidad* relataba cómo unos extraterrestres, ante el descubrimiento de una cámara fotográfica, sacaban la conclusión de que ésta tenía que haber sido fabricada por un ser inteligente para desarrollar un proyecto con un determinado fin; y, sin embargo, el mismo Monod, estudiando el ojo humano, incomparablemente más complejo (no olvidemos que fue premio Nobel de medicina), concluirá que ha sido construido por el Azar. ¿No contienen una contradicción similar las conclusiones que extraen los codirectores de Atapuerca cuando sostienen que el hombre es una especie más entre tantas, en contra de la evidencia observable?

Sin embargo a pesar de los históricos desencuentros entre fe y ciencia, nos sumamos a la esperanza del autor de esta obra: «ojalá la Catedral (símbolo de lo religioso cristiano y Patrimonio de la Humanidad) y el futuro Museo de la Evolución (sím-

bolo de la ciencia y de la Sierra de Atapuerca, también Patrimonio de la Humanidad), lejos de enfrentarse en cosmovisiones divergentes, se complementen». Quienes se animen a leer el libro encontrarán, sin duda, buenas razones para abonarse a la tesis de Hans Küng de que, contra todo pronóstico, la creencia es más coherente que la increencia.

Alfredo López López

TAMAYO, Juan José – FORNET-BETANCOURT, Raúl (eds.), *Interculturalidad, diálogo interreligioso y liberación. I Simposio Internacional de Teología Intercultural e Interreligiosa de la Liberación,* Verbo Divino, Estella 2005, 308 pp.

En el verano de 2004, y dentro del Foro de las Culturas, se celebró en Barcelona el IV Parlamento de las Religiones del Mundo, en el que participaron en total unas diez mil personas. Una de las actividades organizadas en ese marco fue el Simposio Internacional de Teología Intercultural e Interreligiosa de la Liberación, con unos quinientos participantes. Este libro recoge las ponencias y comunicaciones presentadas en el simposio.

El eje articulador del encuentro fue la convergencia entre las teologías de la liberación y del diálogo interreligioso. La veintena de contribuciones ahora publicadas se han dividido en siete secciones, comenzando por las relaciones internacionales y el papel de las religiones. Siguen tres apartados que presentan la teología en perspectiva intercultural, interreligiosa y liberadora, mientras que las dos secciones siguientes abordan la cuestión de género, ecología y derechos humanos. Concluye el libro con la declaración final del simposio sobre principios éticos y prácticas liberadoras de las religiones.

El libro (a pesar de la inevitable fragmentación y desigualdad de los textos) puede servir como introducción a esta importante temática de actualidad y relevancia crecientes. Por un lado, algunos autores consagrados y de referencia obligada ofrecen presentaciones de su propio pensamiento: Hans Küng, sobre la ética global de las religiones; Fornet-Betancourt, sobre filosofía intercultural; Raimon Panikkar, sobre teología intercultural; o Paul Knitter, sobre teologías de la liberación y pluralismo religioso. Por otro lado, encontramos ejemplos de «teologías contextuales» más específicas: teología indígena latinoamericana, teología dalit en la India o teología palestina de la liberación, así como diversas perspectivas sobre ecofeminismo (Bahá'i, cristiana y Brama Kumaris) y derechos humanos (desde la filosofía laica y desde el budismo, judaísmo e hinduismo).

Como dice Tamayo en la introducción, lo que se busca es «una teología transconfesional, interreligiosa, interespiritual, intercultural e interétnica de las religiones» (p. 13).

Ciertamente es un programa ambicioso y un reto necesario, pero no está claro si la acumulación de adjetivos ofrece más vigor a la tarea o, simplemente, la dota de un lenguaje políticamente correcto y de un nuevo racionalismo. De hecho, dos de las intervenciones más interesantes recogidas en el libro apuntan críticamente en esta segunda dirección. El suizo Tariq Ramadan, desde su experiencia como musulmán en la sociedad occidental, subraya la importancia del esfuerzo de tomarse en serio los variados caminos de cada tradición religiosa, para no asumir superficialmente unos supuestos o reales valores compartidos (p. 33). En la misma línea, y situado en la óptica de los pobres y en su anhelo de liberación, José María Vigil indica que la pluralidad religiosa, por sí misma, es «negativa y paralizante» (p. 154). Es decir, que existe el riesgo de caer en un nuevo idealismo liberal-burgués que convierta estas cuestiones en un lujo propio de las sociedades ricas. No siempre el libro evita este peligro, y quizá ello se deba, en parte, a que catorce de los dieciocho autores viven en Europa o en los Estados Unidos. De nuevo, es vital la importancia del contexto. Posiblemente sea más fácil caer en la «trampa de la tolerancia» (p. 256) desde el despacho de una universidad europea que desde el trabajo compartido en las luchas cotidianas de los pobres.

A pesar de estas limitaciones, en conjunto nos hallamos ante un libro que se leerá con provecho. A los no iniciados les ofrece un material adecuado para entrar en contacto con los planteamientos convergentes de las teologías de la liberación y del pluralismo religioso. A aquellas personas que ya conozcan el terreno les proporciona una nueva ocasión para pensar críticamente estas cuestiones de actualidad. Para todos es otra oportunidad de ensanchar el corazón en diálogo con la propia tradición espiritual y con otras corrientes religiosas.

Daniel Izuzquiza, SJ

ALARCOS MARTÍNEZ, F. (ed.), *La moral cristiana como propuesta (Homenaje al profesor E. López Azpitarte),* San Pablo, Madrid 2004, 796 pp.

Un merecido libro-homenaje que evidencia las simpatías que este gran maestro español de la teología moral ha sabido cosechar a lo largo de su magisterio. Su gran producción y su alto nivel teológico hablan por sí mismos (véase la extensa bibliografía de Eduardo López Azpitarte justo al inicio de esta obra). Es sabido que el ejercicio de la investigación teológica en los campos en que trabajaba el Profesor de Granada no es fácil, y ha tenido que convivir con las alegrías, pero también con los sinsabores que ese ejercicio conlleva. Pero siempre ha sabido animar a aquellos que se han dejado seducir por su pasión por la moral, la Iglesia y, sobre todo, el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios. En

esta línea de fidelidad a una vocación de teólogo, Eduardo ha propuesto nuevas vías, ha renovado caminos ya transitados, ha sido fiel a la tradición sin traicionarla, y se ha convertido de este modo en ejemplo para todos aquellos que deseamos introducirnos en los vericuetos del ejercicio de la teología moral.

Las distintas colaboraciones que Francisco Alarcos ha logrado compilar en este libro son una muestra patente del reconocimiento y valoración del trabajo intelectual del Profesor Azpitarte; algo que queda también de manifiesto en la estructura del libro.

Una primera parte, que podríamos llamar bio-bibliográfica, presenta la extensa obra del maestro Eduardo López Azpitarte y una lectura de esta misma obra literaria en clave biográfica. También incluye aportaciones de carácter autobiográfico realizadas por el propio homenajeado, entre las que destaca el recorrido por las *luces y sombras de un magisterio,* el suyo propio, y que es un grito de esperanza para todos los que hoy se dedican a este ejercicio eclesial. Las restantes colaboraciones de esta primera parte se basan en los elementos más característicos de la vida y obra del profesor Azpitarte. El P. Concha, moralista chileno, presenta una reflexión sobre *la ética cristiana como conjunción entre la experiencia de la fe y de la racionalidad de la fe,* no desde una perspectiva teórica. sino desde la obra del autor. T. Mifsud analiza la impronta ignaciana del profesor López Azpitarte. La dimensión ignaciana del maestro jesuita no es ajena al modo de ejercer su magisterio teológico. Ya mirando hacia el futuro, F.J. Ruiz Pérez propone una visión del quehacer del teólogo moral cada vez más enraizado en la vivencia de la espiritualidad personal de seguidor de Jesucristo, de alguien que se sitúa en un campo donde a veces se sentirá aislado, incomprendido, pero que no por ello dejará de ser fiel a su misión y vocación de teólogo en el mundo concreto en el que vive.

La segunda parte está dedicada a temas de moral fundamental. Aquí encontramos la excelente aportación del profesor Julio Martínez, que propone como categorías para una ética filosófica y teológica el reconocimiento y la identidad. Dos categorías que median la relación entre una moral individualista y otra de tipo comunitarista y que pueden dar mucho juego a la hora de hacer una propuesta de ética teológica en un mundo plural y multicultural, sin dejar de pretender ser una ética de alcance universal. Por su parte, el editor de este libro nos presenta la *ética como propuesta.* Se sitúa así en la misma línea en que se ha movido López Azpitarte, la comprensión de la ética cristiana como propuesta a la cual el ser humano se adhiere, pero que no es una imposición a la que estemos obligados. Así se presenta una ética que ayuda al hombre a conquistar la libertad para la que fue creado. No es de extrañar, pues, que la siguiente colaboración si sitúe también en esta línea, al ir estructurando la moral cristiana como seguimiento de Cristo. Esta segunda parte concluye con

la aportación de Juan Masiá, que nos abre a la esperanza. Nos propone que la ética cristiana sea no sólo fundamento para la esperanza, sino que sea a la vez esperanzadora. En un mundo en el que la moral cristiana es entendida por muchos como castradora, resulta estimulante encontrar propuestas que la presenten como fuente de esperanza.

La tercera parte está dedicada a temas de moral sexual, con aportaciones, desde una lectura histórica, de dos especialistas en este campo. J. Vico Peinado nos presenta un recorrido por la moral sexual desde su comprensión como tabú hasta la integración de ésta dentro del campo de lo social. Apuesta por un enfoque de la sexualidad vivida no desde el miedo, ni tampoco desde la reivindicación de una vivencia personal, sino integrada dentro del marco más amplio que le confiere su vivencia dentro de la búsqueda de la realización del reino de Dios. Así, como un elemento más que configura nuestro modo de estar en el mundo, la vivencia de la sexualidad puede y será plenamente liberadora. M. Vidal nos aporta su estudio sobre una categoría a recuperar en nuestros tiempos: el afecto conyugal. Su estudio se centra en la dimensión del afecto conyugal en la teología de la Edad Media, donde descubre elementos que configuran la dimensión personalista del matrimonio que se abre en el Concilio Vaticano II.

Los temas de moral social aparecen en la cuarta parte, con una aportación a la fundamentación racional y cristiana de los derechos humanos realizada por el profesor L. González-Carvajal y con un estudio de la ética demográfica y de los textos magisteriales elaborado por su compañero en la facultad de teología de Granada, I. Camacho. El tema de la solidaridad nos viene desde la realidad latinoamericana, con lo que supone de enriquecimiento para el estudio de este tema la inculturación desde una realidad concreta.

Otro bloque interesante lo constituyen los temas de bioética, que arrancan con la magnífica aportación del teólogo portorriqueño J.J. Ferrer y de A. Santory. Casi parafraseando a Potter, nos presentan una visión de la bioética donde la dimensión de la justicia y la ecología marcan la pauta, en un intento de recuperar la idea de «bioética global» de dicho autor. D. Gracia, reconocido autor en temas de bioética, centra su reflexión en torno a las relaciones entre bioderecho y bioética, llamando la atención sobre el peligro de que, a pesar de la necesidad de mantener un estrecho vínculo entre ambas, la bioética se diluya en el bioderecho; son campos distintos, y hay que mantener la distinción para el bien de ambas. El Profesor Lacadena nos presenta sus reflexiones en torno al debate político legal sobre la experimentación con embriones en España y el modo en que este debate se ha hecho en Europa. La declaración sobre el genoma humano es el punto de partida para las reflexiones que nos presenta I. Núñez de Castro. Por su parte, E. García Peregrín nos presenta su estudio sobre las implicaciones bioéticas de la utilización de células madre, un

tema de clara actualidad e importancia. Este bloque concluye con el estudio ético de la investigación clínica de J.M. Galán. J. García Férez hace un estudio sobre las virtudes cardinales en el contexto de la ética del cuidado y la excelencia profesional. Y de la mano de F. Llanos nos viene una reflexión sobre la razón última de la atención a los ancianos frágiles y dependientes.

Para terminar, encontramos un último bloque que se divide, a su vez, en dos. El primero incluye colaboraciones desde la reflexión filosófica: A. Martín Morillas reflexiona sobre la ética de la serenidad desde el segundo Heidegger, un estudio interesante para los seguidores y críticos del pensamiento heideggeriano; Adela Cortina nos brinda un magnífico estudio sobre la ética dialógica ante el problema de la violencia; L. Sequeiros presenta la obra de A. Gehlen, donde se hace una búsqueda de una fundamentación biológica para la antropología filosófica; J. Conill realiza un análisis del pensamiento filosófico ante el nuevo siglo; y, por último, la aportación de P. Castón Boyer nos hace retroceder hasta los filósofos sociales con un estudio sobre igualdad y desigualdad en T. Hobbes, J. Locke y J.J. Rousseau. El segundo bloque se compone de dos aportaciones desde la pastoral: un estudio de E.O. D'Angelo sobre los matrimonios contraídos en la Iglesia sin la reflexión adecuada, lo que constituye un problema pastoral con implicaciones canónicas morales y sacramentales en la vida eclesial; y una reflexión sobre el precepto dominical desde el derecho canónico, de la mano del conocido canonista jesuita J.M. Díaz Moreno.

Ésta es, ciertamente, una obra que merece la pena tener como referencia en una biblioteca personal. Con algunos estudios brillantes y una muy buena organización temática. Cierto que una obra de este tipo, homenaje a un profesor, tiene que ser necesariamente heterogénea en temática, pero no así, afortunadamente, en contenidos. El libro-homenaje que aquí se presenta no solo ha logrado ser un homenaje al profesor Azpitarte, sino que ha sabido mantener una calidad de reflexión teológica y filosófica digna de aquel a quien pretende homenajear.

José Eduardo Lima SJ

IZUZQUIZA, Daniel: *Rincones de la ciudad. Orar en el camino fejusticia,* Narcea 2005, 156 pp.

Sorprende gratamente que el libro nos lleve mucho más adentro de lo que el título puede sugerirnos. El autor *se expone* y nos abre su intimidad: la de sus vivencias con sus hermanos heridos por la droga, el sida, el desplazamiento, el paro, la pobreza... y la de sus experiencias con el Único Señor de su vida. En compañía de Ignacio de Loyola, de Pedro Salinas, de Juan de la Cruz, de Blas de Otero y de Helena, que murió con

un cóctel de estupefacientes, de Lucía con el VIH, de Manuel, de Alí... nos muestra en sus páginas amor por el mundo que nos toca vivir y pasión por encontrar en él la Misericordia y la Justicia que lo bañan, en medio de tanto dolor y sinsentido. El autor no escribe de oídas: él mismo se ha sumergido en los mundos que contempla desde la relación creciente con Aquel *que se despojó.*

«Seguir desnudo al Desnudo» es el itinerario que nos va desvelando y al que quiere conducirnos: *«o vivo en Dios empapado en su presencia, injertado en él, habitado por Él... o, si no, mi vida pierde todo el sentido y no aportará nada a mis conciudadanos...»* (p. 37). Da alegría leer expresiones semejantes, encontrar una voz donde se articulan lo místico y lo profético, *la oración y la lucha por la exclusión social,* en un tiempo de lenguajes políticamente correctos. Con la sorpresa de encontrarnos con *una salve desde la cárcel* y *una mirada contemplativa sobre los derechos humanos.* ¿Se nos habría ocurrido *orar sobre la construcción europea*? A la Europa de los mercados y mercaderes, al eurocentrismo, al consumismo... le salen al paso textos de denuncia de los profetas que nos muestran otra sensibilidad y otras posibilidades. Da gusto la finura con que el autor pone la Biblia en contacto con la realidad actual. Emociona el apartado sobre *«sangre y virus»,* el modo de abordar un amor más radical en tiempos del sida: *«Quiera el Señor concedernos, por mediación de tantos mártires anónimos del sida, la gracia de responder al grito de la realidad cotidiana en el cuerpo sufriente de nuestros hermanos»* (p. 71).

Es un libro fresco, y los títulos de sus capítulos hablan por sí mismos de su originalidad: «Sangrado corazón de Jesús»; «Letanías al Dios PC»; «Por la Gran Vía»; «¿Aire acondicionado o viento?»; «Via Lucis»; «Lectura no violenta de los salmos»... Y es, a la vez, un libro de gran hondura, como desvelan sus «Notas autobiográficas sobre fe y justicia». Las denuncias y los anuncios de Daniel nacen de un *pathos,* de una interioridad, que se ha ido forjando en los tiempos cotidianos de clamor y de silencio ante el Misterio; y nos descubre la Presencia amorosa y revolucionaria de Dios allí donde otros sólo pueden ver su ausencia. Hay mucha ternura apasionada y mucha *honradez con lo real* en sus páginas, y su lectura es peligrosa y necesaria. Es un sugerente mosaico de historias y experiencias nacidas del *Fuego,* y por eso, al recibirlas, sentimos que algo *arde* también en nosotros.

Mariola López Villanueva

LORCA, José María, *Contarlo con historias (para apoyar valores),* San Pablo, Madrid 2004, 230 pp.

De primera intención, parece un libro muy atractivo. La idea de usar un lenguaje menos verbal y de aprovechar los avances en las ciencias de la comunicación para transmitir mejor la fe y los valores a los jóvenes, a las generaciones de la edad audiovisual y de Internet, no carece de mérito.

José María Lorca, escritor, licenciado en Ciencias de la Información y experto en comunicación pública, propone el uso de la imaginación en la transmisión de los valores. Sugiere que los relatos e incluso las anécdotas, puestas en relación con textos bíblicos o con las grandes preguntas, pueden despertar interrogantes en los jóvenes que les animen a comenzar una búsqueda. La introducción, muy entusiasta, defiende el uso de la seducción lingüística como manera de captar la atención del oyente (adolescente o joven) que está perdiendo la capacidad de prestar una atención continuada al lenguaje verbal, apelando a sus emociones y sensaciones.

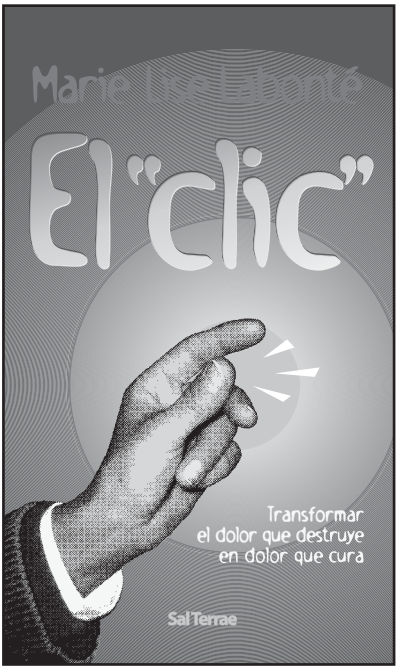
En el resto del libro, el autor presenta 47 relatos, testimonios, anécdotas o historias, siempre con una intención precisa enunciada en el título del capítulo: entrar en el juego del lenguaje religioso, vivir en el querer de Dios, no abandonar ni desmoralizarse, o actuar con libertad y sin presiones..., son algunos de los propósitos. Además, al final de cada capítulo se proponen con acierto preguntas para la reflexión que ayudan a la meditación de temas importantes, dirigidas muchas veces a la catequesis y la meditación en grupo.

Es una pena que un planteamiento en sí atractivo se vea limitado finalmente en su redacción final por la interferencia de la opinión del autor. Existe un exceso de opinión que resta pureza al planteamiento del libro; se cae muchas veces en el error de volver al lenguaje denso tradicional, diluyendo así la seducción lingüística buscada. Aunque la editorial San Pablo lo haya incluido en su colección para jóvenes (algo manifiesto desde la propia maquetación de la portada), es un libro más adecuado para los adultos. En cualquier caso, muchos catequistas podrán encontrar en él anécdotas o preguntas útiles para iniciar una discusión en un grupo de jóvenes.

Marina Carpena

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

MARIE LISE LABONTÉ

El «clic».

Transformar el dolor que destruye en dolor que cura

248 págs.

P.V.P.: 16,00 €

Gracias a su competencia como psicoterapeuta y a su experiencia personal de curación, Marie Lise Labonté pone de manifiesto el momento de gracia (el «clic») que se opera en un individuo y le permite pasar de la destrucción a la construcción. A la vez que nos explica los fundamentos de la personalidad y el proceso de individuación, la autora nos permite comprender mejor la razón por la que a veces adoptamos comportamientos autodestructivos. De este modo, nos proporciona también las claves para desactivar esos comportamientos y proseguir en el camino de la curación.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

ANSELM GRÜN

La fe
como nueva perspectiva.

Creer - Amar - Alabar

104 págs.
P.V.P.: 6,50 €

Unos piensan que creer es «saber algo sin demasiada exactitud». Otros, que deben creer lo que la Iglesia les prescribe, lo cual les repugna. Unos terceros asocian la fe a un conjunto fijo de dogmas que ha de ser aceptado a ciegas. Algunos aseguran que nunca creerán. Otros, que estarían dispuestos a creer en un ser superior, pero que lo que la Iglesia anuncia como «fe» no les dice nada... Según Anselm Grün, la «fe» es una manera de ver la realidad distinta de aquella a la que estamos habituados. De esta visión diferente de las cosas brota una nueva conducta y un nuevo sentimiento vital.